

7

HACIA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL VALOR

Adela Garzón Pérez
Jorge Garcés Ferrer
Universidad de Valencia

1. PROBLEMÁTICA EN LA CONCEPCIÓN DEL VALOR

Es una tarea difícil y compleja introducirse en el tratamiento que la literatura científica ha dado a la problemática de los valores. La dificultad comienza cuando se revisan los textos científicos y se comprueba que el término de valor, como tal, aparece raramente en las formulaciones generales sobre la acción social.

Si nos guiamos por esta primera impresión habría que estar de acuerdo con la creencia generalizada de que el tema de los valores no ha sido un concepto clave en las llamadas ciencias sociales para comprender y explicar la complejidad que encierra la acción social, y en este sentido tendríamos que afirmar que los valores han tenido un tratamiento humano (Williams, 1977).

Esta primera impresión puede llegar a ser correcta si nos limitamos al aspecto más formal y terminológico del concepto de valores. Un análisis que no se centre tanto en buscar la terminología y lenguaje tradicional de la concepción de los valores nos llevaría a modificar esa primera im-

presión: si bien es cierto que el tema de los valores como tal es esporádico e irregular en las ciencias sociales, no es menos cierto que la problemática recogida bajo tal término ha sido objeto de estudio e interés en la gran mayoría de las ciencias preocupadas por explicar el comportamiento individual y colectivo: el tema de la conducta orientativa y selectiva de individuos y grupos es una de las dimensiones del ser humano que ha sido planteada tanto por la Psicología como por la Sociología y la Antropología.

Ahora bien, es verdad que tal dimensión orientativa se ha enfocado desde conceptos muy distintos del de valor (p. ej., intereses o necesidades e incluso creencias en la Psicología, normas y costumbres en la Antropología, ideología en la Sociología, etc.). Sin embargo, el hecho de que se haya abordado desde una terminología diferente no valida la afirmación de que los valores no hayan sido tema de interés de las ciencias humanas, simplemente nos obliga a analizar los factores que propiciaron la dificultad de mantener el término de valores para plantear esa dimensión del ser humano.

La confusión que ha generado esta primera impresión se debe fundamentalmen-

te al hecho de que la problemática en-
carrada en el concepto de valor se inició
desde planteamientos filosóficos y espe-
culativos: la Axiología de finales del si-
glo XIX, precisamente en un momento
intelectual en el que empezaba a darse un
perfil de aquellos conocimientos que po-
drían considerarse como científicos. Ello
obligó a las ciencias sociales a recoger
dicha problemática y replantearla en tér-
minos, en un lenguaje y con un trata-
miento que se adecuara a las formula-
ciones y exigencias de lo que la época
intelectual del momento entendía por co-
nocimiento científico.

Así pues, en contraposición a la creen-
cia transmitida de que los valores fueron
olvidados, o al menos tratados muy es-
porádicamente por las ciencias humanas,
intentaremos poner de manifiesto que la
problemática de los valores ha sido con-
tinuamente objeto de estudio e interés de
las ciencias sociales, y que son éstas las
que han posibilitado su reinterpretación
y operacionalización en unas coordenadas
menos filosóficas, más antropomórficas
y más empíricas. Ese antropomorfismo y
operacionalización ha permitido que el
tema de los valores se integre a otros
constructos creados por los científicos pa-
ra proporcionar un modelo explicativo
del comportamiento social.

Tal como señalábamos antes, son fac-
tores estrictamente académicos y de modas
científicas los que han propiciado que la
problemática de los valores se haya tratado
desde conceptos y terminología diferentes.
Esto ha llevado a muchos científicos a
intentar delimitar y definir conceptos si-
milares al de valor (gran parte de la litera-
tura ha estado obsesionada por encontrar
atributos diferenciales entre valores y tér-
minos como los de normas, costumbres,
motivos, actitudes, etc.) (Williams, 1977).
El problema no es tanto delimitar con-
ceptos, lo cual no significa que no sea
importante hacerlo, como el romper con
la creencia generalizada de que la proble-

mática de los valores ha estado ausente
de la literatura del comportamiento hu-
mano. El romper con esa posición here-
dada posibilitará ver cuál ha sido la con-
ceptualización de los valores en las ciencias
sociales y ayudará a perfilar una concep-
ción adecuada al momento histórico, social
y científico de nuestra época.

La problemática de los valores surge a
partir de los planteamientos filosóficos
de que existe algo más que la Realidad
del Ser, de la Naturaleza, y la Realidad
Psíquica o Naturaleza del Hombre. Junto
a la Filosofía del Ser y la Filosofía antro-
pológica aparece un nuevo campo de es-
peculación y pensamiento: es el mundo
de lo ideal.

Este nuevo campo, aunque no es re-
ductible ni al mundo físico ni al de las
esencias de Platón, ni a la realidad psí-
quica, se intentó integrar por las diferentes
orientaciones filosóficas a uno de los do-
minios ya establecidos: así, para unos (la
axiología objetiva), el mundo de lo ideal,
de lo deseable era un aspecto más, aunque
diferencial, de la realidad física; para
otros, como Scheler, pertenece al campo
de las esencias, de las ideas, y, por último,
para otros (como en el subjetivismo axio-
lógico) es una dimensión del sujeto hu-
mano, una cualidad psicológica (Nadler,
1975).

La incorporación de esta polémica al
campo de las ciencias sociales se realizó
desde posiciones muy diferentes, pero en
el fondo recogieron, a su estilo, la pro-
blemática ya planteada por las orienta-
ciones confrontadas de la Axiología. Tal
incorporación posibilitó romper con los
viejos planteamientos, acercando la pro-
blemática de los valores a la característica
esencial del ser humano: su capacidad de
representar simbólicamente la realidad (fí-
sica y social) y su afán de transformarla.
Los valores aparecen así como proyectos
ideales de comportarse y existir que se
adecúan a las coordenadas histórico-so-
ciales y que a la vez las trascienden.

2. DIMENSIONES EN LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL VALOR

Harold Lee (1947) señalaba que la tarea de la Ética es similar a la de las ciencias naturales, excepto que mientras estas últimas se relacionan con el orden de los fenómenos naturales, la Ética debe explicar el orden moral y su relación con la comprensión de la conducta.

En este mismo sentido, podemos partir del supuesto de que la Axiología, como ciencia o estudio de los valores en general (morales, sociales, estéticos, etc.), guarda relación con la naturaleza y función de los mismos en el complejo contexto de la actuación humana relacionada tanto con el mundo físico como social.

No obstante, la relación de los valores con la actuación humana ha sido una reciente aportación fundamentalmente de las ciencias sociales, tales como Antropología, Sociología, Psicología, al estudio filosófico (desde la Axiología) de los valores. Esta disciplina filosófica, al menos en sus comienzos, se centró primordialmente en descubrir el estatus ontológico y la naturaleza del valor: la distinción entre el ser y el valer de la Filosofía de mitad del siglo XIX, la identificación del valor con el mundo, con la realidad física, o bien con el mundo de las ideas, conceptos, o con el mundo o actividad psicológica es un ejemplo de la preocupación de la Axiología por proporcionar un estatus determinado, dentro del contexto de la Filosofía occidental, al tema de los valores. Esa identificación inicial del valor o, mejor dicho, la identificación de la naturaleza del valor con las dimensiones de saberes filosóficos desarrollados, es decir, la Filosofía de la Naturaleza (el valor como realidad objetiva), el mundo de las esencias, de lo ideal (el valor como realidad trascendental), y el mundo de la psique o el mundo espiritual (el valor como

fenómeno psicológico) nos pone de manifiesto la complejidad del mundo de los valores, y la dificultad de llegar a una concepción de los mismos. Los valores se han ido confundiendo o identificando sucesivamente con el mundo de la realidad objetiva, donde el valor se identifica a bienes, con el mundo de las ideas, en el que adquiere una identidad trascendental y absoluta, y con la realidad psicológica, identificándose con estados psicológicos (agrado, interés, deseo, etc.).

Esta preocupación de la Axiología por llegar a determinar la naturaleza de los propios valores se mantuvo hasta que la dificultad de integrar las posiciones contrapuestas (tesis subjetivistas frente a las objetivistas) llevó a los teóricos a dar un giro a tal problemática, reinterpretando el tema de la naturaleza en el problema metodológico de cómo estudiar los valores (Dewey, 1946): se pasó del tema de la naturaleza del valor al de la captación del mismo.

Por otro lado, es necesario señalar que el concepto de valor fue muy tardíamente recogido o asimilado por las llamadas ciencias sociales: los valores, tanto en la Sociología, al menos en algunos de sus desarrollos de finales del XIX, como en la Psicología positiva, eran considerados como un concepto excesivamente mentalista y poco empírico, de tal modo que era difícil incorporarlos como tales sin perder el rigor científico exigido a las teorías científicas: se introdujo bajo términos diferentes incorporando su problemática, aunque en dimensiones más objetivables, en las ciencias sociales, tanto en Sociología como en Psicología, y se ha empezado a desarrollar un cuerpo teórico y metodológico que permite definir, aislar y llegar a predecir los valores, establecer relaciones entre éstos y la actuación humana, ya sea individual (Psicología), social (Sociología) o colectiva (Antropología).

Para entender el desarrollo y problemática actual del tema de los valores en

el contexto de las ciencias sociales es necesario que revisemos los planteamientos iniciales que surgieron dentro del marco de la Axiología. No es nuestra intención realizar un análisis histórico de los desarrollos de las diferentes orientaciones axiológicas, sino que nuestro principal interés es lograr entresacar de dichas orientaciones aquellas formulaciones que tengan sentido para encuadrar las posiciones teóricas de las ciencias sociales, y de la Psicología Social en especial, relacionadas con el concepto de valor. En este sentido, nos parece que una forma de conseguirlo es describir un conjunto de dimensiones, de ejes, por supuesto no independientes totalmente, que representan la complejidad conceptual que se ha desarrollado en torno al tema de los valores, así como la postura de autores y orientaciones más representativas. Tales dimensiones las formulamos de modo bipolar porque ello nos permite poner mejor de manifiesto las grandes dicotomías que han estado siempre presentes en la concepción de los valores.

2.1. La dimensión subjetividad-objetividad del valor

Esta es una primera dimensión en la que pueden situarse las diferentes concepciones del valor. En ella se sitúa uno de los primeros problemas o eje central en torno al cual se han ido desarrollando teorías y orientaciones axiológicas, y que más tarde han servido de apoyo para planteamientos formulados ya desde las ciencias sociales.

Los términos subjetivo-objetivo hacen referencia a dos concepciones diferentes del valor: en primer lugar, como una realidad psicológica, es decir, como fenómeno que no tiene existencia fuera del sujeto que valora. Esta identificación del valor con el sujeto es una de las tesis centrales

de las posiciones subjetivas de la historia del estudio de los valores. En contraposición, las tesis objetivas mantienen que el valor tiene una realidad y existencia independiente del sujeto que valora: los valores son realidades objetivas que no pueden identificarse ni con el sujeto ni con la valoración que éste realiza. El pensar que el valor no tiene entidad propia es lo mismo que decir, a otros niveles, que la percepción y el objeto percibido son lo mismo.

Las orientaciones subjetivas del valor son, en definitiva, interpretaciones psicologicistas en la medida que presuponen que el valor depende y se fundamenta en el sujeto que valora: así, desde estas posiciones teóricas, el valor se ha identificado con algún hecho o estado psicológico. Lo que ha diferenciado a unas teorías de otras ha sido simplemente el tipo de actividad psicológica que se ha argumentado para explicar la naturaleza del valor. El supuesto central de estas teorías es el mismo: el valor es una realidad psicológica, una vivencia. En contraposición, la orientación objetiva, en su afán de rechazar las tesis subjetivas, ha identificado el valor con los objetos en los que él mismo se manifiesta: se identificó el valor con los depositarios, con la realidad física a través de la cual el sujeto es capaz de extrapolar o inferir los valores. De ahí que mucha de la literatura señale que un modo de entender los valores ha sido el identificarlos con los bienes: valor y bienes serían lo mismo.

Dentro de esta concepción objetiva del valor, los teóricos de esta tendencia han procurado diferenciar el valor de lo que se ha llamado tradicionalmente cualidades primarias que definen a un objeto: la belleza de un cuadro es una cualidad de éste, pero una cualidad no en el sentido de característica definitoria de tal objeto, puesto que ni el cuadro ni el valor de belleza desaparecen si le quitamos la belleza, sino una cualidad en el sentido de

que tiene la capacidad de causar determinados estados, reacciones en el sujeto que lo percibe. Es decir, el valor no es una cualidad primaria de un objeto, puesto que no define la naturaleza del mismo (un cuadro será un cuadro al margen de su belleza), pero sí son cualidades (algunos las han denominado terciarias y otros, como Frondizi, 1968, cualidades estructurales). Para los objetivistas el valor no es una cualidad primaria, puesto que es algo más que un rasgo o atributo constituyente de un objeto real, ni tampoco es una cualidad secundaria, puesto que trasciende la vivencia de un objeto. Es una cualidad «potencial» del objeto que se deriva de la totalidad, de la globalidad de las propiedades de un objeto, y como tal cualidad potencial tiene identidad propia al margen del objeto y el sujeto que valora.

Siguiendo la línea de exposición de ir contraponiendo alternativamente las formulaciones de los enfoques subjetivos y objetivos, en conclusión se puede decir que la interpretación de la primera es que el valor es una construcción del sujeto; algo que se añade a los objetos ya sean físicos o sociales, y que eso que se añade depende fundamentalmente de las características del sujeto, y de sus vivencias psicológicas. En la segunda orientación, los objetivistas mantienen la tesis de la existencia real, objetiva y autónoma del valor en sí; este es un aspecto de la realidad que se le impone al sujeto.

En esta línea, la dimensión que hemos denominado de subjetivismo-objetivismo podría interpretarse también según los términos externo *versus* interno: es decir, el valor como algo dado, algo que está en el ambiente o contexto, o bien el valor como una construcción del sujeto.

Las actuales interpretaciones de la Psicología Cognitiva se situarían en este polo de construcción: el valor sería un aspecto elaborado, ideado por el sujeto para entender, codificar y representar el mundo (Garzón, 1984). Ahora bien, de-

jaremos para más adelante el problema del tipo de actividad psicológica con la que se ha asimilado el concepto de valor.

Al margen de estos rasgos generales que diferencian los polos de la dimensión subjetiva-objetiva, se pueden describir una serie de características ya específicas del concepto de valor en las que dichos polos se diferencian o contraponen.

Dentro del contexto de las orientaciones subjetivas, las teorías o enfoques más clásicos, y que arrancan desde la misma polémica entre Meinong y Ehrenfels (Orestano, 1947), se caracterizan por tres aspectos centrales: en primer lugar, se establece una identificación entre valor y valoración. Para las interpretaciones subjetivas sólo tiene sentido aquello que es construido y elaborado por el sujeto. El valor sólo existe en la medida en que hay un sujeto que es capaz de elaborar. Es decir, que los valores no pueden darse fuera del marco de la actividad valorativa del sujeto.

Una consecuencia de esta equivalencia entre el valor y el acto valorativo es que ambos son producto del sujeto. En segundo lugar, el valor aparece, pues, como una cualidad que se refleja en los objetos, en la realidad exterior, pero tiene su origen y fundamento último en el sujeto. La tercera y última característica central es que, al menos en las primeras interpretaciones subjetivas del valor, esa cualidad del sujeto se identifica con un determinado tipo de realidad psicológica; el valor se identifica con determinados estados psicológicos: para unos será el agrado, mientras que para otros será el deseo o el interés, pero, en definitiva, todos enmarcan el valor dentro de la misma realidad psicológica: la vida emotiva.

El valor en cuanto afirmación de un estado de ánimo supone que éste está fundamentado en una reacción psicológica: de ahí que los subjetivistas mantengan la idea de que valoramos un objeto porque lo deseamos, o un objeto de valor

es aquello que nos interesa, o nos agrada. Así, Ayer (1950) plantea que el valor que expresa un sujeto no nos dice nada sobre el objeto de valoración, sino que más bien es la expresión de un estado de ánimo del sujeto. En la misma línea, R. Carnap (1935) interpreta que el valor, al igual que la norma, es simplemente una expresión de un deseo, y ni uno ni otro suponen proposiciones de verdad o falsedad. Con el positivismo se agudiza la tesis subjetiva de que el valor es un hecho psicológico que carece de información sobre el objeto de valor, y, por tanto, de elementos proposicionales de verdad o falsedad.

Frente a estas características y rasgos de los enfoques subjetivos del valor, las tesis u orientaciones objetivas rechazaron el psicologismo y el empirismo que fundamentó las formulaciones de las primeras. Las tesis objetivas se apartaron de esos dos pilares y se fundamentaron ante todo en la fenomenología, por un lado, y en las tesis racionalistas, por otro (un ejemplo representativo es el concepto scheleriano de intuición emocional).

Por otra parte, frente a la idea subjetivista de que los valores existen sólo en la medida en que pueden ser captados por un sujeto, el objetivismo axiológico, y fundamentalmente el scheleriano, se va a fundamentar en la independencia del valor, tanto del sujeto que valora (distinguen entre valor y valoración) como del objeto en que dicho valor se manifiesta. El valor se conceptúa como «cualidad a priori», sin referente empírico, que no puede identificarse ni con las propiedades de los objetos a través de los cuales se manifiesta, ni con el sujeto que percibe y capta tal cualidad a priori.

Relacionado y como consecuencia de lo anterior, en los enfoques objetivos del valor se establece una clara diferenciación entre valor y valoración: esta última hace referencia a la forma y manera en que el sujeto puede llegar a percibir el valor. La valoración implica o presupone un sujeto

(individual o colectivo) cuya actividad le lleva a captar esta cualidad a priori; sin embargo, el valor no implica ni presupone la existencia de un sujeto, puesto que él trasciende: el valor existe aun cuando el sujeto no lo capte.

Algunas interpretaciones situacionistas han intentado superar el bloqueo en que estas dos orientaciones enfrentadas situaron el problema de la conceptualización del valor. Las tesis situacionistas lo que han hecho es abandonar o relegar el tema de la objetividad y subjetividad del valor para plantear que no puede hablarse, ni resolver esa dicotomía, sin tener en cuenta otros aspectos importantes que están caracterizando el tema de los valores. Sostienen que no puede hablarse del valor, sino que hay que hablar de los valores. Estas tesis situacionistas plantean:

1. Los estados psicológicos, el sujeto de valoración, son una condición necesaria, pero no suficiente ni la única. El valor es el producto de una interrelación de un sujeto que valora y un objeto de valoración. En ese sentido, no puede conceptualizarse bajo los términos de uno de los dos elementos que lo definen.

2. Los valores tienen una dimensión espacio-temporal: son relativos, puesto que sus dos puntos de partida (objeto y sujeto) no son ni estables ni homogéneos. El valor, en este sentido, depende de las condiciones específicas y materiales (sociales, históricas, físicas o estructurales) en que se produzca esa relación entre sujeto y objeto. Esta dimensión dinámica es necesario tenerla en cuenta a la hora de conceptualizar el valor.

3. Por otro lado, esa relación dinámica entre el sujeto y el objeto es la que plantea a la vez que en unos valores pesará más la realidad objetiva, mientras que en otros pesará más la actividad psicológica, de tal modo que es erróneo adoptar una posición absoluta en la que el valor se defina de modo objetivo o subjetivo.

Es claro que el valor que se le da a una pieza musical puede descansar en juicios subjetivos valorativos, pero el valor de un acto criminal no puede reducirse al agrado que nos proporcione dicho hecho: existe una realidad objetiva (física, social, cultural) que está determinando el juicio valorativo.

2.2. Sustantividad *versus* potencialidad

Dentro del marco de la definición del valor como una realidad psicológica, y fundamentalmente a raíz de la polémica entre Meinong y Ehrenfels, se sitúa esta nueva dimensión que hemos denominado como sustantividad *versus* potencialidad y que hace referencia a la concepción del valor como algo concreto, real (es decir, algo sustantivo) o como un estado ideal que conseguir (el valor como algo que puede ser aunque aún no lo sea). Dicha concepción del valor se conoce comúnmente con el término de el valor como algo deseable. Es decir, si el valor tiene solamente relación con lo concreto y lo real (aquello que nos agrada, desea o interesa en un momento dado) o si se puede a la vez relacionar con algo que, aunque no tenga existencia en un momento dado, llegaría a interesarnos, agrarnos o lo desearíamos. Es decir, el valor como una concepción abstracta que supera los límites de la existencia concreta o real.

En las primeras interpretaciones subjetivas se rechaza la diferenciación entre lo deseable (concepción abstracta, lo potencial o posible) de lo deseado (realidad o sustantividad). Esta problemática del valor como algo sustantivo o algo potencial tiene su origen en las primeras formulaciones que hizo Meinong sobre el valor, en las que mantenía una relación directa entre valoración y juicio existencial: sólo

puede valorarse aquello que existe, es decir, que puede producir un efecto o reacción en el sujeto que valora. Posteriormente, en su polémica con Ehrenfels modificará sus interpretaciones iniciales planteando que el valor de un objeto está en función de la capacidad de activar el sentimiento del sujeto no sólo por su existencia, sino también por la posibilidad de la misma.

En los desarrollos axiológicos del siglo XX se produce una ruptura entre el valor y los juicios valorativos existenciales en la medida en que el subjetivismo va a mantener que el valor no es la expresión de un estado de ánimo, de un sentimiento del sujeto, ni la afirmación de que posee dicho estado de ánimo: se rompe, pues, con la identificación del valor con lo real, y se sitúa en el marco de la posibilidad, de lo potencial al margen de que se dé o no realmente.

La controversia entre lo deseado y lo deseable de los primeros desarrollos axiológicos se puede interpretar como un rasgo definitorio de la conceptualización del valor, en el que se planteaba si el valor se sitúa en unas coordenadas específicas y concretas, o si, por el contrario, puede concebirse como una abstracción, un mundo de lo posible y lo deseable: una anticipación de un estado de hechos. Desde luego, analizando las concepciones actuales del valor en el contexto de las ciencias sociales, es claro que ha primado la concepción del valor como representación (ya sea emotiva, conductual o cognitiva) potencial de un conjunto de estados y hechos.

2.3. Emocional *versus* racional

Una tercera dimensión en la que podemos situar la conceptualización del valor tiene también su origen en los inicios de la propia Axiología y dentro del marco

de la captación de los valores. Ante la situación que se produce en el enfrentamiento entre las tendencias objetivas y subjetivas, se reformula la problemática conceptual planteándose la cuestión de cómo un sujeto puede llegar a percibir y conocer los valores. El tema de la captación del valor puede formularse en términos actuales mediante los conceptos psicológicos de la naturaleza emocional *versus* la racional del valor. Es conocida la disyuntiva emoción-cognición que ha estado siempre presente en los estudios psicológicos de la naturaleza humana, y que se manifiesta, como en otras muchas áreas, en las formulaciones del concepto de valor. De hecho, las primeras interpretaciones psicológicas del valor, como las de Maslow, Fromm, Allport y Vernon, son interpretaciones emocionales-motivacionales; el valor aparece como una fuerza emocional, primitiva, no elaborada, y que sirve para el cumplimiento de un conjunto de necesidades inherentes a la naturaleza humana.

Posteriores interpretaciones desde posiciones cercanas a la llamada Psicología Cognitiva (Rokeach, Wyer, etc.) abandonan esa idea de que el valor es una fuerza motivacional y se reinterpreta como una estructura representativa que permite al sujeto ordenar y entender tanto el mundo físico como el social.

Esta dimensión emocional *versus* racional puede reinterpretarse como una dimensión fundamentalmente psicológica, que nos permite interpretar el problema axiológico originario: la captación del valor.

Se puede, en este sentido, recorrer el desarrollo de la axiología analizando las soluciones que desde las diferentes tendencias y orientaciones se han dado al problema de la naturaleza emocional o racional del valor.

Dentro del marco de las orientaciones objetivas axiológicas, nos encontramos con posiciones contrapuestas que van desde los planteamientos racionalistas de

Kant o Hartman (para quienes el valor sólo puede conocerse a través del intelecto, de la razón) hasta los planteamientos schelerianos, en los que se rechaza el racionalismo apriorístico kantiano y se plantea un apriorismo emocional; el valor sólo es conocido por el sujeto a través de la vida emocional y sentimental.

Así pues, mientras que la gran mayoría de las interpretaciones subjetivas han identificado o situado el valor en la esfera de lo irracional, de lo emotivo, identificando aquél con emociones diferentes (agrado en Meinong, deseo en Ehrenfels, interés en Perry, etc.), las interpretaciones objetivas se han bifurcado en dos tendencias: una, el modo kantiano que sitúa el valor en el mundo del «apriorismo racional», en el intelecto, en el campo de lo simbólico, lo abstracto. Una segunda tendencia que sigue las formulaciones schelerianas, según las cuales el valor no puede identificarse ni con la vivencia o estado emocional, ni con el mundo de las ideas: el valor sólo es conocido por el sujeto a través de una intuición emocional en la que se establece una relación (intencionalidad) entre el sujeto y el objeto de valor.

Esta dimensión de emocional *versus* racional no debe verse necesariamente como independiente de la dimensión subjetividad-objetividad de la conceptualización del valor, sino más bien todo lo contrario, puesto que, por un lado, puede darse una relación entre lo subjetivo y emocional, y entre lo objetivo y lo racional, y, por otro, hay que tener en cuenta que precisamente el tema de la naturaleza emocional o racional de los valores arranca del problema axiológico de la captación del valor que surge en un momento determinado: cuando la polémica sobre la naturaleza del valor se reinterpreta de modo metodológico, en el sentido de que se relega el problema conceptual de qué es un valor, para plantearse el de cómo se perciben y conocen los valores. La forma o modo de captar el valor es un aspecto del plantea-

miento metodológico del valor que puede aportar nueva información sobre la naturaleza del mismo.

Sin embargo, tal interpretación metodológica del concepto de valor solamente ha servido para poner de manifiesto de nuevo la oposición o contraposición de las tesis subjetivas y objetivas. Así, desde las orientaciones más psicologistas y empiristas (el subjetivismo), se entendió que sólo desde lo experiencial podría conocerse el valor, mientras que desde los enfoques más racionalistas se planteó que la experiencia es independiente de la captación del valor, el cual sólo puede conocerse por la vía intelectual, racional. Los elementos cognitivos, racionales han primado en la tesis objetivista excluyendo cualquier elemento o dimensión experiencial.

Aunque es cierto, tal y como hemos dicho con anterioridad, que las tesis subjetivistas han identificado, en su gran mayoría, el valor con un hecho psíquico, emocional, no es menos cierto que en los primeros desarrollos de la axiología subjetiva (Meinong, Ehrenfels) se combinaban tanto la dimensión racional como la emocional, aunque primaba fundamentalmente esta última.

El elemento racional estaba implícito en estas interpretaciones subjetivas en el sentido de que cualquier estado emocional suponía la presencia de un juicio valorativo existencial que implicaba la verdad o falsedad de tal estado emocional. Por un lado, se daba la vivencia de un estado o hecho psicológico, y, por otro, se afirmaba o negaba la existencia de dicho estado.

Así, tanto Meinong como Ehrenfels, al margen de su discrepancia en cuanto al tipo de vivencia emotiva con la que identificaban el valor (agrado en el primero y deseo en el segundo), parten del supuesto de que en toda valoración hay un juicio que afirma o niega la existencia de algo. Es precisamente a partir de tal juicio existencial del que surge el valor como estado

subjetivo sentimental. En lo que no están de acuerdo es en el tipo de estado emocional que constituye el valor.

Sólo después, con el desarrollo de la tradición empírica inglesa y del nominalismo axiológico (Perry, Ayer, etc.), se restringe a lo experiencial las interpretaciones subjetivas del valor. Perry (1954) va a conceptualizar el interés como fundamento del valor, haciendo solamente referencia a la expresión de un estado anímico, un hecho psíquico emotivo que conlleva cierta disposición actitudinal hacia el objeto de valor, pero que carece de cualquier elemento representativo de dicho objeto. Con Perry se establece una relación entre lo experiencial y lo conductual, haciéndose más compleja la dimensión emocional-racional, en la medida en que intenta fundamentar el valor en una dimensión afectivo-conductual.

Sin embargo, con la aparición del nominalismo axiológico y las tesis más radicales del positivismo, la concepción empirista y psicológica del valor va más allá de las primeras formulaciones de Meinong y Ehrenfels, agudizando el aspecto meramente emotivo y experiencial del valor y rechazando cualquier dimensión intelectual, racional, de dicha experiencia. La distinción de las primeras formulaciones subjetivistas entre el juicio existencial y la vivencia de un estado psicológico como elementos configuradores de la naturaleza del valor queda restringida al último elemento: el valor no tiene ningún carácter representativo ni simbólico, simplemente es la expresión de un estado vivencial y emotivo. Tal será la actitud de autores como Carnap (1935) o el mismo Ayer (1950). Con este último, la axiología subjetivista alcanza un punto álgido al plantear que el valor no tiene ninguna función representativa del objeto de valor, y ni siquiera dice algo sobre el sujeto que valora, simplemente es expresión de un estado de ánimo, de un estado emotivo. En esta misma línea se sitúa la ética de B. Russell

(1935) al señalar que ésta es el intento de dar significación universal a los deseos personales. Para Russell, el valor como expresión de deseos personales no posee ningún elemento racional o cognoscitivo.

2.4. Dimensión universal-relatividad del valor

Un cuarto aspecto o problemática implicada en el concepto de valor hace referencia a su carácter universal. Los términos universal *versus* relativo guardan relación con una nueva característica del valor: su estabilidad y consistencia, tanto en el espacio como en el tiempo. Es una característica témporo-espacial.

El rasgo universal y absoluto del valor es una característica coherente y relacionada con las interpretaciones objetivas de los valores en la medida en que conceptúan que éstos son entidades independientes que tienen existencia al margen tanto del sujeto que valora como del objeto de valor. El rasgo de universalidad del valor se relaciona, pues, con su carácter ilimitado, absoluto e independiente; es decir que no tiene restricción alguna. Este carácter universal del valor implica su inmutabilidad, en el sentido de que no cambia, no está condicionado por ningún hecho.

En este sentido, las interpretaciones objetivas del valor rechazan tanto el relativismo psicológico como el relativismo histórico. El relativismo psicológico de los valores está relacionado con las tesis subjetivas del valor y plantea que los valores están condicionados por el desarrollo y las circunstancias de la actividad psicológica de los individuos. El valor carece de universalidad, puesto que su propio estatus depende del sujeto que valora: los valores tienen existencia en relación con la organización psicológica del hombre. El relativismo histórico identifica el valor con los hechos o fenómenos reales en el

que se manifiesta. El valor aparece en esta tesis condicionado por los factores sociales y culturales, Scheler (1948) ha criticado el relativismo histórico planteando que pretende derivar los valores de los bienes reales, considerando a los primeros como producto y resultado de avatares históricos.

Para Scheler, tal error se debe a que algunas interpretaciones objetivas del valor han identificado a éste con los bienes y han transferido el carácter viable, los cambios reales de los bienes, a la naturaleza del valor.

Desde las interpretaciones situacionistas (Fronzizi, 1968) se aboga por un relativismo de los valores al entender que la relación sujeto-objeto se configura el valor se produce dentro de unas coordenadas históricas, sociales y culturales: el concepto de valor depende de las condiciones materiales en que se produce la relación entre el sujeto que valora y el objeto de valor. De otro modo, los valores sólo tienen sentido en una situación específica y concreta.

Esta dimensión o carácter universal *versus* relativo de los valores tampoco es independiente de las dimensiones anteriores que ya hemos formulado. De hecho existe cierta relación entre las tesis subjetivistas del valor y la concepción relativa de éste, así como las interpretaciones objetivas parecen relacionarse más con una concepción universal y absoluta de los valores.

2.5. Colectivo *versus* individual

Por último, otra dimensión que nos parece de interés a la hora de llegar a formular una concepción del valor es la que relaciona este concepto con el carácter individual o colectivo del mismo. Ha sido una amplia tradición dentro tanto de la Axiología como de la propia Psicología el identificar los fenómenos psicológicos

con el sujeto individual. En este sentido, tanto en las interpretaciones subjetivas como en las objetivas, aunque de modo y a niveles distintos, se presupone que el valor es ante todo un fenómeno de conciencia individual.

También en las primeras interpretaciones psicológicas del valor se ha mantenido esta relación entre el valor y lo individual: de igual forma, en la concepción de Allport-Vernon y en las de una Psicología de corte humanista como pueden ser las de Maslow (1959) y el mismo Fromm (1959), el valor aparece dentro del contexto individual como un sistema motivacional que sirve ante todo para la autorrealización del sujeto humano (Maslow, Allport) para el logro de una identidad personal (Fromm).

Quizá, una de las mayores aportaciones de las ciencias sociales, y fundamentalmente de la Antropología, la Sociología y la Psicología Social, ha sido la interpretación del valor, dentro del marco de la cultura, como un elemento colectivo que configura un determinado modo de vida, concepción del mundo y orientación conductual. De hecho, el término de «orientaciones de valor» hace referencia al valor como un elemento cultural que proporciona a los miembros de dicha cultura un esquema conceptual de lo que es correcto, ideal y preferible en el espectro posible de la actuación humana. Tales esquemas orientativos son transmitidos y conservados socialmente y se incorporan a nivel individual a través de los procesos de socialización y bajo los términos de creencias, actitudes, etc.

Desde estudios antropológicos (Kluckhohn, 1949, 1961; Parsons, 1951) se han analizado los valores diferenciales que predominan en distintas culturas, poniendo de manifiesto tanto el fundamento social y colectivo de los esquemas orientativos de acción como su naturaleza y carácter relativo, en la medida en que como elementos constituyentes de la cultura estén

sujetos a las variaciones históricas de la estructura y la organización social.

Precisamente, han sido los estudios antropológicos, y más tarde la Sociología, los que han posibilitado que el concepto del valor se enmarcara en el contexto de la cultura, poniendo de manifiesto su dimensión fundamentalmente ideal: el valor se sitúa en el mundo de lo ideal, y en este sentido no es identificable con acontecimientos, objetos o individuos concretos y específicos. El valor, no obstante, se inscribe dentro de un marco de realidad en la medida en que, como «algo ideal, posible y deseable», exige unas pautas conductuales, una orientación de la acción social específica que se convierte en acciones y sucesos concretos. Precisamente en este sentido el sociólogo Durkheim (1911) afirmaba que los valores poseen la misma objetividad que las cosas.

En esta misma línea, Lee (1959) analiza las formas en que los marcos colectivos y culturales condicionan la experiencia individual de los valores o los sistemas culturales-normativos de diferentes culturas primitivas de Nueva Guinea.

2.6. Polaridad y jerarquía de los valores

Uno de los aspectos o dimensiones centrales y definatorios en la conceptualización del valor que es aceptado, aunque con matices diferenciales, por la mayoría de las tendencias axiológicas y de las ciencias sociales es su carácter preferencial. El valor es ante todo una actividad o proceso preferencial, de elección. Sin embargo, existen diferentes puntos de vista en cuanto a definir en qué consiste la dimensión preferencial del valor. Así, mientras que para unos va a ser fundamentalmente un acto voluntario (de elección) con un referente empírico (algunas tesis subjetivas y las teorías del relativismo cul-

tural, las orientaciones de la psicología humanista, etc.), para otros, como el objetivismo scheleriano, el carácter preferencial del valor es, ante todo, un acto de conocimiento que no supone ningún acto de elección, puesto que no tiene ningún fundamento empírico, ni ninguna relación con la elección preferencial del sujeto que valora. Para Scheler, el preferir es un tipo especial de conocimiento que se obtiene a través de la intuición emocional. Para este autor, el carácter preferencial y jerárquico de los valores es una característica interna, inherente a la propia naturaleza de los valores, y en ese sentido es ajeno a cualquier tipo de experiencia o acto de elección.

Por el contrario, las tesis que se oponen a la definición objetiva del valor plantean que el carácter preferencial de los valores es fundamentalmente un hecho psicológico que se manifiesta en la conducta orientativa de los sujetos, y, como tal conducta de elección, puede variar, según las circunstancias, de unos sujetos a otros y de unas culturas y sociedades a otras.

A pesar de esta conceptualización diferencial de lo que constituye el acto preferencial del valor, en lo que sí están de acuerdo las diferentes tendencias teóricas es que tal preferencia se produce en un marco que podríamos denominar de «monismo binario», en el sentido de que el preferir hace referencia a una unidad o ente que se manifiesta a través de opuestos o contrarios; es la idea de «polaridad del valor». Es decir, la manifestación de valores positivos y negativos. En el fondo, tal polaridad no es más que la traducción de las variaciones que existen en la valoración del mundo de los hechos físicos y de los sociales. Tales variaciones en el pensamiento occidental se ha tendido a expresarlas de modo dicotómico y opuesto: a la verdad se opone la falsedad; a la libertad, la esclavitud. Así, lo que en una sociedad resulta bello, en otra puede ser valorado del modo opuesto. Son estas

variaciones preferenciales las que se han conceptualizado de modo bipolar, pero en el fondo hacen referencia al mismo hecho: el preferir.

El carácter preferencial de los valores ha llevado al mismo tiempo a plantear la existencia de un orden o estructura jerárquica de los mismos: el ordenamiento de unos valores implica otras dos características que es necesario tener en cuenta a la hora de construir una Teoría de los Valores: por un lado, el hecho de que más que valores aislados e independientes lo que existe es una constelación de los mismos. Es precisamente al orden y las relaciones de dicho conjunto de valores a lo que se ha denominado tradicionalmente sistema u orientación de valores. Una Teoría de los Valores debe explicar las relaciones existentes entre los valores que configuran dicho sistema. Por otro lado, en la medida en que los valores son preferencias, es obligado formular tanto el orden en que tales preferencias se producen como los tipos de valores que deben incluirse para un modelo completo de Teoría de los Valores.

Los estudios descriptivos y comparativos de sistemas de los valores se han realizado fundamentalmente desde las llamadas ciencias sociales, y en concreto desde la Sociología y la Antropología (Kluckhohn, Parsons). Desde tales estudios han surgido algunas cuestiones interesantes para la conceptualización de los valores: aspectos relacionados con el hecho de hasta qué punto se puede decir que cada cultura o grupo colectivo posee un sistema de valores característico, o si, por el contrario, puede decirse que los valores son universales y las diferencias se relacionan más con el ordenamiento o jerarquía de los mismos dentro del sistema de valores. En definitiva, si las variaciones interculturales son más variaciones de forma (jerarquía) que de contenido. Otro aspecto es la relación que los sistemas de valores tienen con las pautas de actuación de los sujetos

o culturas. Teóricamente, se refieren más a lo que se espera, a los proyectos, a lo que es deseable, pero de algún modo deben guiar y orientan las acciones humanas. El problema que surge es ver cómo y cuánto, y para los científicos sociales es aún más importante encontrar índices o criterios que permitan establecer y conocer dicha relación.

De cualquier modo, lo que es cierto es que los modelos descriptivos y comparativos de los sistemas de valores han propiciado no sólo la codificación y registro de una gran cantidad de datos sobre las diferencias culturales en su orientación de valor, sino que además han posibilitado la operacionalización de los valores, rompiendo así con el tratamiento especulativo y filosófico de los mismos.

Lógicamente, los intentos de operacionalizar la concepción de los valores implican una reorientación de la definición, la teoría y los métodos. De otro modo, surge el problema de los criterios para determinar que una jerarquía de valores está en función del tipo de concepción del valor de la que se parta: así, en la medida en que los valores se sitúen en el plano de lo ideal, de lo deseable, y no en el de los datos empíricos, concretos, el criterio no podrá ser meramente el de las conductas observables; por el contrario, si se conceptúa el valor o se sitúa en el plano de lo empírico, el valor se identifica con los criterios de valoración, y, por tanto, con juicios de valor explícitos y de las inferencias conductuales relacionadas con los valores. Así pues, está abierta la problemática de si es más adecuado partir de métodos deductivos (presuponen el establecimiento apriorístico de un sistema de valores) o de métodos inductivos (los valores se determinan por las preferencias conductuales de los sujetos o culturas) que posibilitan la conceptualización de los valores a partir de los datos reales, empíricos, que recogen los modelos descriptivos y comparativos de los valores.

Tanto un método como otro se apoyan implícitamente en concepciones diferenciales de los valores. Muchos autores (Nadler, Durkheim, p. ej.) han formulado esta distinción conceptual del valor en términos de la diferenciación entre valor y juicio de valor. Mientras que el primer término se sitúa en el plano de lo que es deseable, al margen de si es real o no (juicios de realidad de Durkheim), el segundo se sitúa en el plano de lo real, lo empírico y concreto: el juicio de valor presupone la adhesión a un «ideal», a lo «deseable».

Estas distinciones guardan relación con la problemática que hemos ido señalando entre las llamadas interpretaciones objetivas y subjetivas de la Axiología: mientras que para las primeras existe una diferencia entre el valor y el juicio de valor (éstos son expresión del primero, pero no se identifican con él), para las segundas no es posible tal distinción, puesto que sólo aquello que es susceptible de captación tiene una entidad real. Teniendo en cuenta estas diferencias de concepción, es lógico que desde posiciones teóricas cercanas al objetivismo se plantee que para construir un sistema de valores es necesario basarse en la naturaleza de los valores y no en los juicios de valor: es decir, en la captación de los valores. Por el contrario, para las tesis subjetivas no es posible llegar a construir un sistema de valores si no es partiendo de los juicios o captación de los mismos. La jerarquía de valores sólo puede establecerse empíricamente a partir de los juicios de valor en cuanto que éstos son la expresión y manifestación de los valores.

Dentro de la primera tendencia que hemos señalado, la de partir de la idea de que la jerarquía de valores es independiente de los juicios de valoración, puede señalarse como máximo representante el pensamiento de Scheler. En su concepción objetiva del valor, Scheler plantea que la jerarquía de valores está dada apriorísti-

camente por medio de lo que denominó intuición emocional. La superioridad de unos valores sobre otros no es un problema experiencial, sino de captación apriorística. Sin embargo, pese a sus formulaciones, Scheler se vio obligado a establecer una serie de criterios en relación a los cuales puede llegarse a conocer el orden jerárquico de un sistema de valores. Tales criterios no son empíricos, no tienen relación alguna con el proceso factual de elección o preferencias del sujeto que valora, sino que son manifestación de algunos de los elementos o características definitorias y esenciales del valor.

El primer criterio es el de la durabilidad. Se refiere al carácter estable y permanente que poseen los valores; su dimensión atemporal y no situacional. Un valor es superior a otro en función de esa ausencia de variabilidad e inestabilidad temporal y espacial.

La divisibilidad es el segundo criterio, y guarda relación con el carácter unitario, no fragmentado de un valor. De otro modo, cuanto más compartido esté un valor es más divisible entre los diferentes objetos en los que se manifiesta y, por tanto, tiene menor importancia dentro del conjunto de valores. Ahora bien, Scheler introduce con este criterio una cierta contradicción en su concepción de los valores en la medida en que la divisibilidad hace referencia al número de sujetos y objetos en que un valor se manifiesta, con lo cual está presuponiendo, al menos en parte, un criterio empírico y no apriorístico.

La fundamentación es otro criterio. Los valores que dan origen a otros son los que Scheler denomina valores supremos, y se sitúan en los niveles superiores del sistema de valores. Tal criterio hace referencia a la dimensión central que unos valores tienen frente a otros: los más centrales son aquellos que fundamentan a otros. Por ejemplo, en un sistema de valores puede pensarse que el valor de libertad está fundamentado en el de

igualdad: éste sería superior al primero.

Un cuarto criterio que establece es el de la profundidad de satisfacción. La profundidad está relacionada con la realización o cumplimiento de un valor. Cuanto más alto y supremo es un valor más satisfacción produce. Aunque Scheler trata de dejar claro que la profundidad de satisfacción no tiene nada que ver con la experiencia y la preferencia específica del sujeto que valora de algún modo sí guarda relación con la experiencia subjetiva: siendo esto así nos encontramos de nuevo con otro criterio que supone una contrapartida a los supuestos apriorísticos de la naturaleza de los valores, en la medida en que este criterio puede verse como fundamentado en la experiencia.

El último criterio, el de la relatividad, se refiere al grado en que un valor se percibe como más próximo al valor central o supremo y que para Scheler es el valor religioso.

A partir de estos criterios, Scheler establece una clasificación de los valores en la que en los niveles más inferiores se sitúan los valores más sensibles (lo agradable y lo desagradable), a los que corresponden los estados afectivos. En segundo lugar están los llamados valores vitales: modalidades del sentimiento vital y que no pueden confundirse con los estados afectivos; ejemplos son la salud, la enfermedad, etc. Por encima se sitúan los valores espirituales, dentro de los que cabe distinguir: lo bello y lo feo, los valores de lo justo y lo injusto, y, por último, los del conocimiento de la verdad. El nivel superior, el de los valores supremos, corresponde a los espirituales o religiosos, en los que se fundamentan todos los demás. La concepción teológica que Scheler sostiene de los valores le obliga a rechazar cualquier conceptualización que defienda la autonomía de unos valores frente a otros, o la diferenciación e independencia de conjuntos de valores. Para Scheler todos los valores tienen su origen y fun-

damento en uno supremo: el religioso.

Desde una interpretación más psicológica y social de los valores, autores como Parsons y Kluckhohn han realizado una clasificación menos especulativa del sistema de valores. Tanto para uno como para otro, los valores son fundamentalmente opciones entre posibles maneras de actuar que son manifestación de la jerarquía en la concepción del mundo que un sujeto o colectividad tiene. A la vez, ambos autores son exponente de una tendencia moderna de entender los valores de modo universal, en el sentido de que las diferencias individuales y colectivas en el sistema de valores son fundamentalmente diferencias en el grado de preferencia. Del mismo modo, ambos sostienen que el orden jerárquico de un sistema de valores debe ser determinado empíricamente a través de las acciones preferenciales de la persona y no de modo racional-apriorístico.

Para Kluckhohn (1961) la concepción ideal de la existencia humana puede categorizarse en cinco opciones centrales:

1. La concepción sobre la naturaleza humana, que puede definirse en términos de buena-mala, permanente-variable.
2. La concepción sobre la relación del hombre con la naturaleza es una segunda categoría que puede resumirse en una elección de relación entre sumisión, equilibrio o control.
3. La concepción del tiempo: es una dimensión temporal que supone una valoración del momento presente o bien del pasado o el futuro.
4. La cuarta categoría hace referencia a opciones relacionadas con los tipos de actividad humana y que supone las siguientes elecciones: liberalización de deseos y necesidad: o de autocontrol, o bien de producción o actividad eficaz y productiva.
5. La concepción en las relaciones interpersonales: el sujeto humano tiene que elegir entre relaciones de linealidad (rela-

ción vinculante con antepasados y descendientes), de colateralidad (entre iguales) o de individualismo.

Como puede verse, cada una de las categorías se relaciona con la concepción y representación del mundo que el hombre tiene en sus diferentes aspectos: físicos, temporales, personales y sociales. Cada aspecto o categoría presupone la elección de soluciones que son, en definitiva, modos de acercarse las personas a su medio físico y social. El conjunto de opciones o preferencias determina la concepción ideal o sistema de valores que un sujeto o un colectivo posee. A partir de este esquema inicial, Kluckhohn elaboró un cuestionario mucho más completo, que le permitió estudiar los esquemas conceptuales-preferenciales de diferentes culturas americanas (indios navajos, indios zunis, mormones, tejanos, etc.).

En el esquema descriptivo de la concepción del mundo o sistema de valores de Parsons (1951) se recogen algunos de los contenidos de las categorías del modelo de Kluckhohn, aunque él parte de un enfoque diferente. Para Parsons los valores son características de la acción humana, en cuanto que esta última presupone la elección de determinadas opciones entre un conjunto de dilemas que configuran la existencia humana. Parsons reduce dichos dilemas u opciones a cinco grandes categorías que conllevan la elección entre alternativas opuestas e irreconciliables. Tales dilemas se manifiestan en cualquier tipo de acción humana, y, en terminología de Parsons, se denominan «configuración de variables». Dichas variables son los sistemas alternativos de elección que adquieren un significado dentro del marco cultural u orientación de valor. Por otro lado, pueden analizarse en cuatro niveles en los que se puede describir la actividad humana: biológico, psicológico, social y cultural.

El primer dilema o conjunto de varia-

bles es el de la activación del impulso y la disciplina. Las opciones suponen elegir por una primacía de la liberalización de los deseos y las necesidades: la obtención de gratificación inmediata (opción de afectividad) o bien la alternativa opuesta, que presupone la preferencia por la inhibición de la expresión de sentimientos, por el autocontrol afectivo (opción de neutralidad afectiva). Este dilema guarda estrecha relación con la cuarta categoría señalada por Kluckhohn y que se refiere precisamente a los diferentes tipos de actividad humana. Este dilema de afectividad-neutralidad afectiva tiene distintos significados cuando se analiza en el plano de lo cultural (supone patrones normativos de manifestación), en el psicológico o de personalidad (guardaría relación con el sistema de necesidad-disposición del actor y su gratificación o no inmediata), y, por último, se traduciría en el plano de lo social en la «expectativa de rol».

El segundo es el dilema de interés privado e interés colectivo. Presupone la existencia de conflictos o contraposición entre los intereses individuales y los colectivos. Implica dos elecciones alternativas: la primacía en la orientación de la acción por todo aquello que beneficie intereses individuales o, en contraposición, las acciones orientadas o guiadas por los beneficios e intereses colectivos.

La *trascendencia* versus *inmanencia* es el tercer tipo de opción o dilema existencial: en cualquier situación los actores pueden interpretar las acciones y objetos sociales desde una perspectiva general y global olvidando los objetos y situaciones particulares (es la dimensión de universalismo), o, por el contrario, pueden interpretarlas a partir de los objetos singulares y específicos (es la dimensión de particularismo).

La cuarta opción está relacionada con la modalidad de los objetos. Presupone dos opciones diferenciales: valorar los hechos por lo que son, o bien valorarlos

por sus resultados o productos. El dilema se resuelve dando primacía ya a los aspectos cualitativos (del ser), ya a los aspectos de producción, de realizaciones.

Por último, el quinto dilema es el de la significación del objeto: supone la opción de globalismo frente a especificidad y hace referencia al modo de conceptualizar los hechos y las situaciones sociales: bien desde un solo conjunto de aspectos, bien desde una pluralidad de aspectos y dimensiones. Es la dimensión de globalismo-especificidad.

En resumen, mientras que las tres primeras opciones guardan relación con el propio sistema valorativo de orientación, los dilemas cuarto y quinto suponen opciones en el modo de relacionarse los actores sociales con los objetos y las situaciones. Para Parsons, estos cinco dilemas, con sus alternativas opuestas y su significación en los cuatro planos o niveles de análisis de la acción social, resumen la complejidad de los sistemas orientativos del sujeto humano.

El esquema descriptivo de Parsons guarda relación con algunos desarrollos posteriores o elaboraciones de cuestionarios para analizar los diferentes niveles de sistemas conceptuales y su relación con una dimensión actitudinal, en el sentido de modo de relacionarse con el entorno. El TIB de Harvey (1961) es un ejemplo de estas analogías: podría estudiarse la relación de algunos niveles señalados por Harvey (el nivel IV o de independencia y el nivel I, denominado de realismo primitivo) y algunos de los dilemas de Parsons: por ejemplo, el de la dimensión de universalismo-particularismo y el de globalismo especificidad. Una alta relación entre ellos podría ser un índice de la traducción y transformación que la problemática de los valores ha tenido en el contexto de las ciencias sociales. Por otro lado, existen ciertas relaciones entre estas categorías u opciones planteadas por Parsons y los planteamientos de Kluckhohn:

1. Los dos reducen la complejidad de los sistemas de valor a unas grandes categorías que resumen la problemática de la acción humana.

2. Parecen basarse en la concepción del valor como, fundamentalmente, un marco de interpretación y comprensión del mundo que conlleva una dimensión evaluativa y preferencial: unos hablan de opciones y otros de dilemas.

3. El valor aparece, pues, como fenómeno empírico de preferencias.

3. REINTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA DEL VALOR

Una de las preocupaciones centrales de la ciencia psicológica ha sido encontrar un principio explicativo unificador de los diversos fenómenos de la actuación humana. Desde que surge la Psicología como ciencia se han propuesto unidades o principios explicativos tan diferentes como los de facultades, instintos, impulsos, hábitos, necesidades, actitudes, etc.

Durante los siglos XVII y XVIII prevaleció la doctrina psicológica de las facultades, que pretendía dar una explicación global y unificadora de la naturaleza humana. Ésta se concibió como una unidad configurada por la existencia de diversas capacidades (potencias o facultades): memoria, atención, razón, etc. Las diferencias individuales se atribuían a la fuerza de los «poderes de la mente», las cuales eran universales, innatas e independientes unas de otras. Con posterioridad, en el siglo XIX, con los desarrollos, por un lado, de la Fisiología y, por otro, del pensamiento evolucionista darwinista, la Psicología o teoría de las facultades se sustituyó por una Psicología de corte más fisiológico, donde los conceptos centrales se relacionarían con los de instintos, hábitos e impulsos.

El desarrollo en Alemania de una Psicología experimentalista, cercana a los

avances y desarrollo metodológicos de la Fisiología y la difusión de la teoría evolucionista en la Psicología inglesa, permitieron que la Psicología rompiera con su tradición especulativa y filosófica, y posibilitaron su acercamiento a las ciencias naturales: el pensamiento darwinista hizo posible la explicación de la acción humana a partir de los mismos mecanismos y principios que se utilizaban para explicar la conducta animal. Psicólogos del mundo anglosajón (W. James, McDougall, etc.) incorporaron el concepto de instinto para explicar la complejidad de la acción humana.

El desarrollo de dos nuevas orientaciones psicológicas, la Psicología del Aprendizaje y la Psicología de la Personalidad, propició la aparición de un nuevo concepto que incorpora algunas de las características del instinto (activación del organismo y orientación de la conducta), y resuelve algunos de los aspectos problemáticos del mismo en su aplicación a la conducta humana: su carácter innato y estereotipado. Este nuevo concepto es el de motivación. Es un constructo psicológico que permite explicar los aspectos dinámicos y directivos de la conducta humana. Desde la Psicología del Aprendizaje y la Psicología de la Motivación, el concepto de instinto como principio explicativo es sustituido por otros como los de necesidades, impulsos, tensión, etc.

3.1. Valores, subjetivismo axiológico y Psicología

El pensamiento axiológico, desarrollado desde la mitad del siglo XIX, que conceptúa el valor como un hecho psicológico, una vivencia o experiencia subjetiva que presupone una actividad preferencial en el sujeto que valora, tiene en la ciencia psicológica su reinterpretación y relectura: esta traducción de las tesis axiológicas subjetivas se produce precisamente en el

marco de la Psicología de la Motivación: fue el abandono de la doctrina de las facultades de la Psicología Filosófica y el abandono de la teoría de los instintos lo que permitió a la Psicología elaborar constructos psicológicos que podían explicar el carácter preferencial y propositivo (dirección a metas) de la conducta humana. Precisamente la dimensión preferencial y propositiva de la acción humana es uno de los aspectos centrales que puso de relieve la axiología subjetiva del siglo XIX.

En este sentido, no puede extrañar que las primeras interpretaciones psicológicas del estudio de los valores establecieran una relación directa entre el valor y una serie de conceptos psicológicos que destacan aspectos del concepto y definición del valor de las tesis subjetivas: deseo, necesidad, interés, etc.: todos ellos están enmarcados dentro de la llamada Psicología de la Motivación. Es más, siguiendo este razonamiento podríamos apuntar hacia la tesis de que la problemática de los valores iniciada desde planteamientos filosóficos tiene una lectura y una traducción psicológicas. Los aspectos orientativos, vivenciales y preferenciales del valor tienen una terminología específica dentro de la Psicología: la motivación.

Así pues, se puede insinuar, en contraposición a la idea tan extendida de que los valores no han sido una problemática central en la ciencia psicológica, que la problemática axiológica en torno a la naturaleza de los valores se incorporó ya en los inicios de la Psicología Científica; ahora bien, por un lado, su introducción se realizó desde una terminología diferente: la de la motivación humana, en la medida en que ello evitaba las críticas de los lazos de la Psicología con el pensamiento filosófico. En este sentido, y, por otro lado, pensamos que los valores no se confundieron con los conceptos de necesidad, interés, motivos (una segunda idea muy divulgada), sino que éstos recogían la conceptualización de los valores que se había

hecho desde una orientación axiológica de amplia tradición: el subjetivismo.

Un argumento de autoridad en favor de nuestra tesis sobre que el estudio de los valores ha estado presente en el desarrollo de la Psicología es el texto editado por Maslow y Sorokin (1959), que recopila el pensamiento de muy diferentes autores sobre la problemática de los valores. El texto *New knowledge in human values* es exponente de la preocupación en el mundo intelectual de mitad del siglo XX por la aparente ausencia de un sistema de valores en las sociedades modernas y desarrolladas. O, de otro modo, es reflejo de la preocupación por la transformación moral del hombre moderno.

Por otro lado, el texto es el resultado de la primera conferencia científica sobre valores, organizada por la «Research Society for Creative Altruism», de Massachusetts, que tuvo lugar a finales del año 1957. Ello es manifestación de la preocupación del mundo científico por los avatares sociales (revueltas, cambios, institución de las democracias occidentales), los cambios económicos (modernización, revolución tecnológica) y los fenómenos políticos (los horrores de la Primera Guerra Mundial, la revolución soviética, holocaustos étnicos, Segunda Guerra Mundial, etc.), que originaron lo que muchos han denominado crisis de valores: la transformación moral del hombre (Sorokin, 1959).

Parece importante señalar este argumento de autoridad porque pone de manifiesto no sólo que el tema de los valores, bajo otra terminología, ha sido un problema de la existencia humana planteado en las ciencias sociales, y en concreto en la Psicología, sino porque también revela el cambio que el estudio de los valores va a tener con su incorporación a las ciencias sociales: los valores empiezan a fundamentarse en las condiciones sociales de la naturaleza humana. Se abandona el enfoque especulativo y filosófico para adop-

tar una actitud más empírica: los valores se conceptúan a partir de las condiciones sociales e históricas en las que el hombre actúa. Quizá el impacto de los avatares políticos y sociales que mencionamos haya sido un factor importante en este nuevo modo de abordar el tema de los valores.

3.1.1. *Concepción humanista de los valores*

Las primeras interpretaciones psicológicas del concepto del valor que, como hemos dicho, recogen las tesis axiológicas de corte subjetivo pueden integrarse dentro de una de las orientaciones desarrolladas en los inicios de la Psicología Científica: las interpretaciones o concepciones humanistas (Weisskopf, 1959).

La visión humanista de los valores parte de la idea de que éstos sólo pueden comprenderse dentro del marco de la naturaleza de la propia experiencia y existencia humana. Esta idea es también compartida por otro tipo de orientación psicológica: la concepción naturalista. Sin embargo, ambas difieren en el significado que le dan a la experiencia humana. Para la Psicología humanista, la existencia humana trasciende el mundo de los hechos y realidades empíricas. El hombre, a través de su imaginación, pensamiento, deseos, etc., trasciende el mundo de lo real, de lo existente, y en este sentido los valores deben conceptuarse a partir de esta capacidad inherente a la propia naturaleza humana.

Para las interpretaciones humanistas, la experiencia y la realidad humana incluyen no sólo los hechos psicológicos que tienen un correlato físico y empírico, sino también aquellas experiencias psicológicas que no pueden derivarse directamente de lo real, de los hechos observables y que le posibilitan trascender tanto sus condiciones sociales concretas como su propia entidad presente.

Para las interpretaciones humanistas

existe un concepto que explica esa capacidad del sujeto de trascender la realidad y que fundamenta el concepto de valor: es el de autorrealización o autocumplimiento, en cuanto que expresa la tendencia del hombre a expresarse a sí mismo integrando el mundo de los hechos, de la realidad concreta con el mundo de los valores; es decir, es la integración de las realizaciones y de los proyectos. La autorrealización es la unificación de esos dos mundos y antinomias: hechos y valores, y va acompañada de sentimientos de armonía, satisfacción, salud psicológica, sentimientos de identidad, creatividad, etc.

Autores como Maslow, Goldstein y Fromm utilizan este concepto para expresar la existencia de un sistema de valores que trasciende la realidad concreta y unifica lo que el hombre es con lo que puede (potencialidad) y quiere llegar a ser, posibilitando así el cumplimiento de la autorrealización. Los valores no son más que la manifestación de esa tendencia del ser humano a expresarse y realizar sus potencialidades. En este sentido tienen su fundamento y significación en el marco de la naturaleza intrínseca del ser humano.

Las teorizaciones de Maslow (1959) sobre la construcción psicológica de una teoría de los valores podrían interpretarse, dentro de este marco o concepción humanista, en la medida en que parte de la idea de que los valores están fundamentados en la propia naturaleza humana y en cuanto que plantea que el carácter definitorio de esta última es ante todo la realización y el cumplimiento de las capacidades y potencialidades del ser humano.

En Maslow puede encontrarse una relación directa entre necesidades, salud psicológica, valores y autorrealización. Son precisamente las necesidades del ser humano las que orientan y regulan su orientación preferencial y conductual, tanto en relación con su propio desarrollo como con el entorno social en que se realiza.

Así, el autor señala: «Las necesidades básicas o valores básicos pueden entenderse tanto como medios y como fines hacia un único objetivo-fin. El fin último es el auto-cumplimiento y la autorrealización del propio sí mismo» (1959, p. 124).

Plantea al mismo tiempo la existencia de una jerarquía u ordenamiento de los valores en la medida en que existe una jerarquía de necesidades que irían de las más básicas (de autoconservación) hasta las llamadas necesidades psicológicas (interacción social, exploración del mundo exterior, etc.). Tal jerarquía de necesidades o valores presupone una interdependencia entre las mismas que marca tanto su fuerza e intensidad como su prioridad: sólo en la medida en que las necesidades más básicas son realizadas y satisfechas (determinadas por factores biológicos y constitucionales) pueden entonces aparecer y realizarse las necesidades superiores.

Por otro lado, Maslow señala que mientras las necesidades y valores más básicos son universales y comunes a diferentes individuos y culturas, las necesidades de nivel superior muestran mayor grado de diferenciación entre los individuos y entre las culturas. La jerarquía de necesidades planteada por Maslow señala cinco grandes categorías:

1. Necesidades biológicas (sueño, alimentación, etc.).
2. Necesidades de conservación en el medio ambiente (regulación de las condiciones externas, clima, etc.).
3. Necesidades de interacción (relación con otros, tipos y modos de relación, convivencia).
4. Necesidades de exploración del mundo exterior (curiosidad, interés, experiencia estética).
5. Necesidades espirituales (experiencia religiosa y amor en contraposición a la dominación y el poder, etc.).

Los valores o necesidades más superio-

res o últimas no son reductibles. Maslow los denomina valores ónticos (1962): es decir, valores-metas que son intrínsecos a la propia naturaleza humana: son los valores del ser. En su libro *Religions, value and Peak Experiencies*, enumera una lista de valores ónticos entre los que señala la belleza, la perfección, la verdad, etc. Dentro de su teoría de la personalidad, estos valores son metanecesidades. Cuando una persona no logra alcanzarlos se produce la ausencia de salud psicológica, dando lugar, según su terminología, a la metapatología.

El concepto de autorrealización no es sólo un estado psicológico, sino fundamentalmente un proceso dinámico por el que las personas logran realizar sus propias potencialidades a través de las elecciones que en el curso de la vida efectúan y que tienen que ver tanto con él mismo o su identidad, como con el mundo y entorno de relación social.

Para Maslow, como para otros psicólogos de esta orientación humanista, la actualización como valor último está estrechamente relacionada con la salud psicológica en la medida en que desarrolla o conlleva un estado vital de armonía, unidad de personalidad, expresividad espontánea, etc. Así enumera una serie de indicadores de la salud psicológica y, por tanto, de la autorrealización:

- Mayor claridad y percepción eficiente de la realidad.
- Mayor apertura a la experiencia.
- Integración y unicidad de la persona.
- Espontaneidad y expresividad.
- Un sí mismo (*self*) real, una identidad firme y una autonomía.
- Objetividad incrementada, trascendencia del *self*.
- Mayor creatividad.
- Habilidad para integrar lo concreto y lo abstracto, los procesos de cognición primarios y secundarios.

- Una estructura o talante democrático.
- Capacidad para amar, etc.

En resumen, la autorrealización como valor último es un constructo psicológico que incorpora diferentes aspectos de esa tendencia del sujeto humano a desarrollar al máximo sus potencialidades. El papel del ambiente, de las condiciones sociales y culturales es el de crear una situación que permite o no a las personas llegar a conseguir ese último valor, y no son simplemente un mecanismo de control y frustración de las tendencias del hombre hacia su autorrealización. En este sentido, es evidente que la concepción de los valores en el pensamiento de Maslow es o puede situarse dentro de las coordenadas de un fenómeno psicológico de carácter motivacional e individual, que se relaciona con el desarrollo y cumplimiento de las propias capacidades y potencialidades humanas.

En una línea similar a la de Maslow, en cuanto sus implicaciones para la concepción psicológica del valor, se puede situar el pensamiento de Goldstein (1959). En contraposición a la Psicología asociacionista y elementalista de los años treinta, Goldstein señala la necesidad de construir una teoría integradora de la actuación humana. No obstante, es cierto que su teoría, al igual que la de Maslow, es más una actitud, un programa, que un cuerpo conceptual sistematizado y operacionalizable.

Goldstein rechaza las tesis naturalistas de que la supervivencia sea el valor último de la actuación humana: para la actualización y el desarrollo de la naturaleza esencial del ser humano es importante la supervivencia en cuanto que garantiza la mera existencia, pero no es esencial para el desarrollo de las potencialidades humanas. Los valores son conseguir el desarrollo de sus potencialidades (Goldstein, 1959). En este sentido, los valores no se relacionan

con contenidos específicos ni son inherentes a objetos, situaciones o personas, sino que son la expresión y vivencia de una adecuación entre la naturaleza del hombre y la naturaleza del mundo.

Se puede decir que Goldstein mantiene una concepción interaccionista de los valores en cuanto son un constructo psicológico que describe y explica el modo en el que el sujeto se relaciona con su medio (ambiental y social). La autorrealización es el valor último que supone la perfecta armonía y adecuación entre las capacidades del hombre y las exigencias del mundo. Tanto las condiciones biológicas (de supervivencia) como las condiciones u organización social son factores importantes en el desarrollo de la autorrealización, pero de ningún modo son valores en sí mismos, sino sólo en la medida en que facilitan o inhiben el logro de la actualización de las potencialidades del hombre.

Desde una orientación psicológica diferente, E. Fromm comparte algunos de los fundamentos teóricos de la concepción humanista de los valores. Para Fromm (1959), los valores sólo tienen sentido dentro del marco de las condiciones de la existencia humana: para llegar a una teoría de los valores es necesario conocer las características y condiciones del ser humano. En definitiva, una teoría de los valores pasa por la construcción de una teoría psicológica de la actuación humana. Otro aspecto que comparte con la concepción humanista de los valores es la idea de que la existencia y la experiencia humanas trascienden la mera realidad del presente, de los hechos concretos y observables; sin embargo, E. Fromm destaca la necesidad del hombre de llegar a desarrollar su propia identidad personal o individuación: la conciencia de la propia individualidad. La necesidad de un sentido de identidad personal es una de las condiciones fundamentales de la existencia humana, y la conducta orientativa del

hombre se fundamenta en esa búsqueda de identidad (J. Burillo, 1985).

Los valores están así relacionados con las formas en que tal necesidad o necesidades de la naturaleza humana se concretan: así, la necesidad de relacionarse con otros puede realizarse por medio de la sumisión, la dominación o el amor (independencia, autonomía e integridad). La tendencia a la trascendencia puede desarrollarse mediante la creatividad o la destrucción. Sólo el amor y la creatividad llevarían al logro de esa necesidad de identidad y autonomía. Por último, el tercer aspecto que comparte con Maslow y Goldstein es que la satisfacción adecuada de tales necesidades existenciales supone una conducta orientativa (valores) determinada, que conlleva un estado de salud psicológica.

En resumen, se puede plantear que una de las orientaciones teóricas iniciales en la interpretación psicológica de los valores se enmarca dentro de:

1. Una concepción holística, global de la naturaleza humana.
2. Un planteamiento general de que la existencia humana no se agota en el mundo de los hechos y de las condiciones del presente, sino que trasciende dicha realidad a través de la experiencia interna.
3. Un marco o concepción motivacional (la conducta humana está orientada, es propositiva: autorrealización, necesidades, identidad) e individual. La actuación humana es propositiva y a la vez su orientación es fundamentalmente individual, sin que ello presuponga que los factores y condiciones sociales no tengan un papel central.
4. Un postulado sobre que las condiciones tanto biológicas (de supervivencia, conservación, etc.) como sociales y culturales son factores que intervienen en la conducta orientativa del hombre, pero en ningún momento pueden verse como el fundamento de los valores.

Dentro de estas interpretaciones psicológicas y desde el contexto de la Psicología de la Motivación y de la Personalidad, el cuestionario sobre valores elaborado por Allport y Vernon es quizá el intento de operacionalización que más repercusiones ha tenido, aun cuando su concepción implícita de los valores como motivos o intereses haya sido fuertemente criticada en los desarrollos posteriores.

3.1.2. Los valores como intereses

Allport, influido por el pensamiento del filósofo alemán E. Spranger (1922), recoge la tipología que éste hizo de patrones o categorías diferenciales de conductas orientativas y que le llevó a establecer una categorización o modelos de hombre: teórico (racional, lógico), económico (utilitario, hedonista), estético (belleza, armonía), social (relaciones personales y sociales), político (poder, dominio), y religioso (unidad, trascendencia). A partir de esta clasificación de Spranger, Allport y Vernon (1931), y, con posterioridad, Allport, Vernon y Lindzey (1960) elaboraron un cuestionario denominado *Study of Values* para analizar los juicios preferenciales y medir el grado en que éstos estaban determinados por los diferentes tipos de valores e intereses. El cuestionario consta de 30 elecciones en su primera parte y de 15 en la segunda, que tienen relación con el contenido de la tipología de valores establecida por Spranger.

Para Allport, dichos tipos son esquemas de comprensión que representan los tipos ideales (valores), los modos preferenciales de orientarse en el mundo que unifican la personalidad de la persona humana.

El llamado *tipo teórico* hace referencia a un conjunto de valores e intereses que expresan la preferencia de las personas por el mundo de las ideas y del conocimiento. Son personas orientadas hacia la

búsqueda de la verdad. Su motivo central es el conocimiento y la comprensión intelectual del mundo.

En el llamado *modelo económico*, la persona se orienta preferencialmente por aquello que es útil. Este tipo de valor o interés se fundamenta o tiene su origen en la satisfacción de necesidades corporales, pero incluye también necesidades sociales y económicas: es la búsqueda del triunfo del conocimiento aplicado y práctico.

El *modelo estético* se orienta fundamentalmente por el valor de la armonía y la forma. Valora y vivencia su relación con las personas, los objetos y las situaciones desde el punto de vista de la belleza, la armonía, etc. Tiende al individualismo y a la autosuficiencia, no le interesa tanto el conocimiento como su forma de expresión y la vivencia del mismo.

Para el *modelo de hombre social*, el valor central y último es el de las relaciones con otras personas. Este modelo de hombre en su forma más pura es aquel que se olvida de su propia conveniencia, y es en consecuencia bueno y altruista.

El *hombre político* está guiado por la búsqueda y obtención de poder. Su conducta está siempre orientada por el dominio y el poder: son personas altamente competitivas; buscan el prestigio y el reconocimiento social.

Por último, el *modelo religioso* se rige y se orienta ante todo por la búsqueda de la unidad. Se identifica con una entidad sobrenatural y superior a través de la cual vivencia el valor de unidad.

En cada uno de estos modelos existe un valor o interés central que orienta las pautas preferenciales y desarrolla un estilo personal, no sólo de relacionarse con el mundo, sino también de interpretarlo. Allport conceptúa los valores dentro del marco de las fuerzas motivacionales que regulan los patrones preferenciales de conducta. Contienen elementos tanto cognitivos (en cuanto que presuponen esque-

mas interpretativos del mundo) como evaluativos y conductuales, aun cuando hace mayor hincapié en las dimensiones motivacionales (interés). Así, señala: [...] una vez que se ha formado un sistema de intereses, éste no sólo crea una situación tensional que puede ser suscitada con facilidad y conducir a una conducta manifiesta [...], sino que también actúa como un agente silencioso que selecciona y dirige todo el comportamiento vinculado a él» (Allport, 1937, p. 219). Los valores son, pues, fuerzas motivacionales centrales en el desarrollo de la dinámica de la conducta y tienen un papel central en la configuración unificada de la personalidad.

Para Allport, uno de los aspectos más interesantes de la tipología establecida por Spranger es que permite la observación y medición de la conducta orientativa de los sujetos: permite realizar estudios empíricos y ver en qué grado una persona o grupo participa en una o varias de tales orientaciones de valores. Así, en algunos de los estudios comparativos con diferentes muestras, realizados por Allport y Vernon, se ha puesto de manifiesto la tendencia a producirse constelaciones o covariaciones entre las seis categorías de orientación de valores: parece que existen relaciones entre los valores teóricos y los estéticos; por otro lado, entre los económicos y políticos, y, por último, entre los sociales y los religiosos.

En esta línea son también interesantes los estudios empíricos que inició el mismo Allport para analizar las posibles relaciones entre prejuicio y orientación de valor religioso. No vamos a introducirnos en esta problemática de las relaciones entre actitudes, comportamientos sociales y orientaciones de valor; no obstante, nos parece interesante señalarlos en la medida en que son un indicador de la nueva interpretación de la axiología o estudio de los valores que se está realizando paulatinamente desde el punto de vista de las

ciencias sociales: la nueva interpretación de los valores como un constructo interdependiente y relacionado con otras estructuras y procesos que configuran la naturaleza y la actuación humanas.

De algún modo, las ciencias sociales han posibilitado dos fenómenos que son importantes, tanto para construir una teoría científica de los valores como para los propios conceptos teóricos explicativos de la acción social:

1. Por un lado, el que los valores no puedan concebirse como algo independiente y ajeno al resto de los procesos del desarrollo humano (individual y social). Cada vez más, las ciencias sociales están construyendo un concepto del valor que no puede separarse, o no tiene significado si no es en el marco de otros procesos, mecanismos y estructuras psicológicas y sociales.

2. Y, por otro, las ciencias sociales han posibilitado la traducción operativa de los planteamientos axiológicos iniciales haciendo hincapié en su interconexión, más o menos directa (no presupone causalidad), con la conducta personal y colectiva. En este sentido, los valores pueden entenderse, en términos generales, como actos empíricos preferenciales.

La escala de valores de Allport y Vernon propició la aparición de estudios psicológicos empíricos del sistema de valores: Luria (1937) realizó un análisis factorial de dicha escala y obtuvo cuatro factores fundamentales que concuerdan básicamente con las dimensiones o tipología de valores formulada inicialmente por Spranger: un primer factor de sociabilidad y altruismo; un segundo factor que aglutina los tipos de orientación económica y política; los dos restantes se corresponden con los modelos teórico y religioso.

En 1932 Thurstone encontró relaciones entre algunos factores de diferentes escalas de intereses, por un lado, y, por otro, la tipología de Spranger y el cuestionario

de Allport y Vernon. Formuló cuatro categorías de intereses: interés por la ciencia, por el lenguaje, por las personas, y por los negocios.

En esta misma línea de proliferación de estudios empíricos relacionados con la conducta orientativa y su relación con el comportamiento, se puede situar un área de investigación muy clásica en la Psicología social: la percepción social, en la que psicólogos sociales y psicólogos experimentales han desarrollado trabajos que ponen de manifiesto la influencia de los sistemas de valores en los procesos de percepción.

3.2. Los modelos naturalistas en la concepción del valor

Otra aproximación teórica en el pensamiento moderno, y que también quedó reflejada en la conferencia sobre valores, realizada por la «Research Society for Creative Altruism», está más cercana al pensamiento naturalista y a los intentos de aplicar la Filosofía y la metodología de las Ciencias Sociales al estudio del hombre.

Como señalábamos con anterioridad, esta aproximación teórica comparte con la concepción humanista el postulado de que los valores no pueden plantearse fuera del contexto de la realidad y existencia humana. Sin embargo, difieren en el concepto de la misma: para los naturalistas, los hechos empíricos son lo único que configura la existencia humana, los que definen la naturaleza y existencia del hombre; cualquier otro tipo de fenómeno (pensamiento, imaginación, deseos, etc.) debe ser ratificado por los datos empíricos, por la observación factual. En contraposición a las tesis humanistas, el valor u orientación preferencial central y definitoria de la existencia humana va a ser la supervivencia. En este sentido, los valores apa-

recen como instrumentos de evolución: el mismo Skinner señalaba la supervivencia como el valor supremo en la conducta humana.

Planteamientos de autores como Bronowski, Margenau o el mismo A. Moles pueden integrarse dentro de esta tendencia. Este último representa una de las tendencias actuales en el estudio de los valores que integra éstos dentro del estudio y problemática de calidad de vida. Se puede pensar que el tema de la supervivencia como valor se ha reinterpretado en el pensamiento actual como un problema de la calidad de vida. A. Moles (1959) plantea dicha problemática desde un punto de vista antropocéntrico, en el sentido de que la relaciona con los valores subjetivos del individuo o los juicios valorativos y preferenciales sobre las condiciones ambientales y los patrones conductuales que va desarrollando: la reactividad que las condiciones externas generan en los individuos.

Para Moles, el valor podría entenderse operacionalmente como el grado de satisfacción que las condiciones ambientales producen en los individuos. Tal satisfacción guarda relación tanto con la obtención de metas como con la realización de actos y con la percepción individual o colectiva sobre la medida en que las condiciones ambientales inhiben o posibilitan el poder y control sobre la naturaleza, aumentan la libertad, etc. (en definitiva, lo que él mismo denomina percepción de la calidad del ambiente vital).

Partiendo de esta formulación general sobre el concepto o interpretación de la calidad de vida, Moles intenta construir una interpretación de los factores del medio ambiental (físico y social), recogiendo la jerarquía de necesidades (valores) de Maslow y quitándole esta ideología humanista que la sustenta. Construye una tipología o categorías de la calidad de vida (basadas en la jerarquía de necesidades de Maslow) y establece unos índices globales de medida de la misma.

Así, algunos indicadores de las necesidades biológicas y de conservación los reinterpreta a través de características del ambiente espacial, conservación del mundo exterior, homeostasis del mundo exterior, riqueza y estabilidad del medio ambiente, preservación y mantenimiento del mismo. Dentro del grupo de necesidades de interacción social estarían los siguientes indicadores: disponibilidad y potencialidad de interacción en los diversos ambientes, modos de interacción, sistema de telecomunicaciones, polución y control social (seguridad contra la violencia social, sistemas de defensa, etc.). Por último, en la constelación de necesidades de exploración del mundo exterior señala índices como: fuentes de contactos, diversidad y riqueza de las interacciones, posibilidades y mantenimiento de las mismas, etc.

La calidad de vida guarda relación tanto con las valoraciones del individuo sobre las potencialidades y riqueza del medio ambiente como con los modelos de comportamiento de los individuos que se derivan. En resumen, es un intento de reinterpretar el modelo de necesidades de Maslow quitándole todo el contenido ideológico-humanista, y canalizando el tema de los valores por la problemática de las posibilidades que la calidad de vida ofrece a los individuos. En el fondo puede también verse como un modelo actual de comprender el tema de la supervivencia. De un modo u otro, lo que es claro es su definición conductual y reactiva de los sistemas orientativos del sujeto humano.

En un sentido similar, es decir, la concepción de los valores a partir de realidades empíricas y de condiciones ambientales, puede interpretarse la analogía que Pelechano (1982) establece entre refuerzo y valores; sostiene esta analogía en relación a que: tanto uno como otro se derivan de procesos de aprendizaje; una vez que se han establecido, controlan u orientan las conductas específicas; su carácter

es estable, sin que ello suponga la imposibilidad de cambios. Así, señala: [...] podría formularse la tentativa teórica de asimilar los valores a refuerzos secundarios, aprendidos en la medida que [...] llegan a controlar la conducta [...] y su relación con ella no es ni directa, ni lineal» (1982, p. 10). Otro aspecto que señala para establecer dicha tentativa teórica es su dimensión de relatividad en el sentido de que ni los valores ni los refuerzos son universales, ni tampoco invariantes.

En resumen, desde esta interpretación teórica naturalista de los valores se establece una equivalencia funcional de éstos con la Psicología del refuerzo, en cuanto que ambos:

1. Son procesos que ejercen control direccional de la conducta.
2. Ambos se fundamentan en las condiciones ambientales y a partir de procesos de aprendizaje.
3. Tienen una relación compleja (no lineal) con las conductas específicas. Refuerzo y valor están mediatizados por estructuras cognitivas de elaboración y representación.

La conclusión es que dicha equivalencia funcional puede dar sentido a que, a partir de la Psicología del aprendizaje, en la medida que ha desarrollado un conjunto de leyes y mecanismos por las que las conductas pueden ser aprendidas y modificadas, se construya una metodología de trabajo para el estudio científico de los valores y, sobre todo, del cambio de valores.

3.3. Interpretaciones desde lo biológico y genético

Por último, otra tendencia de acercamiento psicológico al estudio de los valores está integrada por autores que, desde muy diferentes disciplinas y orientaciones,

intentan proporcionar o fundamentar algunas dimensiones biológicas y genéticas en el proceso de adquisición de sistemas de valores.

Así, Sperry (1982) plantea las implicaciones que el desarrollo de la neurofisiología y los cambios actuales en los conceptos de mente y conciencia tienen para la interpretación científica de la conducta orientativa o axiológica de individuos y colectivos. Fundamentalmente, hace hincapié en cómo los avances de la neurofisiología han posibilitado la interpretación y elaboración de información como marcos de referencia y de conocimiento que van a canalizar las prioridades axiológicas del hombre. Marcos de referencia que son «elecciones preferenciales» en la conceptualización y visión del mundo y no meras realidades empíricas: el procesamiento que clásicamente se denominó de arriba-abajo ha permitido esta nueva visión de los procesos cognitivos-evaluativos del ser humano.

Sperry parte de la idea de que los valores pueden entenderse como denominadores comunes y universales de la naturaleza humana: es decir, determinantes universales de cualquier toma de decisión, entendiendo que esta última es un proceso valorativo y de elección de alternativas. Ahora bien, cualquier estudio de los valores, entendidos en este sentido, está estrechamente relacionado con conceptos tales como conciencia de uno mismo, experiencia consciente, elaboración de información en la medida que éstos desempeñan un papel central y directivo en la configuración de patrones de excitación cerebral: en definitiva, que la visión del mundo que conlleva una actividad cerebral a niveles físico-químicos y fisiológicos está reemplazada por otras formas y mecanismos de control que surgen de los niveles del procesamiento mental consciente. Desde los nuevos desarrollos de la neurociencia, el control causal que la Fisiología había situado en los niveles es-

trictamente físicos se sitúa ahora en el procesamiento de arriba-abajo, o, si se quiere, en la determinación de la conciencia subjetiva, consciente y cognitiva. Una implicación de esta nueva visión de entender las relaciones mente-cuerpo o mente-cerebro es romper con el determinismo fisicalista (el procesamiento de abajo-arriba) de las posiciones naturalistas en el campo de la neurociencia.

Desde su posición epistemológica de un monismo mentalista, Sperry (1977) señala el carácter interno y de experiencia consciente que tienen los marcos preferenciales de los sujetos y apunta a las posibles implicaciones que el desarrollo de una ciencia como conocimiento, y no como mera técnica, puede tener no sólo para el estudio científico de los valores, sino también para la propia concepción epistemológica de la ciencia y de la naturaleza humanas.

Por último, desde el campo del estudio de las actitudes sociales, autores como Eysenck y Rokeach han intentado construir una interpretación psicológica de los valores, pero así como el último llega a una concepción cognitivo-motivacional de los valores, Eysenck se centra en plantear abiertamente la problemática de las bases genéticas, entre otros factores, que fundamentan los sistemas de valores. Dejaremos las formulaciones de Rokeach de momento y nos centraremos en analizar las interpretaciones geneticistas formuladas por Eysenck.

En la medida en que los intereses, actitudes y valores pueden interpretarse desde el marco de la Psicología de la personalidad como variables o dimensiones, es perfectamente lícito formular la existencia de posibles determinantes genéticos de los mismos. Algunos estudios de Eysenck (1978) se han dirigido a fundamentar la tesis de la posibilidad de que los factores genéticos pueden explicar parte de las diferencias individuales encontradas en sus actitudes sociales y valores (Belloch, 1985).

La fundamentación genética de los valores se manifiesta a través de variables de personalidad. En esta línea podrían establecerse relaciones entre extraversión y sistema de valores prácticos y orientados hacia lo social, mientras que la introversión fundamentaría un sistema de valores teórico y no orientado socialmente (hacia lo exterior, las relaciones sociales, etc.). Las diferencias individuales en la dimensión de estabilidad-neuroticismo, según Eysenck (1982), tienen una fundamentación en la actividad del Sistema Nervioso (sistema límbico), mientras que las diferencias de extraversión-introversión se deberían a la actividad diferencial de la formación reticular (los introvertidos con alto nivel de activación en contraposición a la activación menor de los extravertidos).

La formulación de Eysenck es biosocial en cuanto que sostiene una interdependencia de factores genéticos, variables o dimensiones de personalidad, y condiciones ambientales en la configuración de las conductas axiológicas y preferenciales del ser humano.

En resumen, se puede decir que la problemática axiológica iniciada en el siglo XIX ha sido incorporada a las ciencias sociales, y en concreto a la Psicología, posibilitando una reinterpretación de la concepción de los valores. La nueva lectura de dicha problemática tiene algunos aspectos generales, al margen de las diferentes concepciones desde las que se ha planteado: por un lado, la traducción empírica de las formulaciones subjetivas y objetivas de la axiología, y, por otro, su incorporación al contexto de la naturaleza y dimensiones de la conducta humana en su sentido más genérico y amplio. Al margen de las diferentes interpretaciones, los valores se entienden como marcos preferenciales empíricos. En las primeras interpretaciones psicológicas, tales marcos preferenciales se han formulado desde una psicología individual y un contexto afectivo-motivacional.

4. LOS VALORES COMO MARCOS DE CONOCIMIENTO

No siempre se ha recurrido al concepto de valor para explicar el pensamiento y el comportamiento humanos. La actitud positivista y experimentalista de la Psicología Social prefirió utilizar otros términos que eran más asequibles a la medición y su manipulación en el laboratorio.

La obsesión por el rigor experimental llevó a los primeros psicólogos sociales a creer que los valores no eran susceptibles de cambio e investigación experimental, y, por consiguiente, su medida no era posible. Todo ello posibilitó el desarrollo en la Psicología Social de investigaciones interesadas en el estudio de las estructuras cognitivas más simples para ofrecer explicaciones sobre el comportamiento humano. Las actitudes serían las encargadas de ofrecer dicha competencia explicativa. A esto contribuyó enormemente el impacto que tuvo a principios de siglo el estudio sobre las actitudes de los emigrantes polacos que llevaron a cabo Thomas y Znaniecki y el apoyo que recibió dicho término por parte de figuras como Allport. A esto hay que añadir la rápida proliferación de estudios empíricos sobre actitudes que implicaron una operacionalización de las mismas a partir de la construcción de escalas de medida.

A principios de la década de los setenta, autores como Smith (1969) y Rokeach (1973, 1979, 1980) han empezado a cuestionarse el que las actitudes sean el concepto psicológico central y básico en la explicación y comprensión de las acciones humanas. Las polémicas en torno al concepto de actitud, el fracaso, en parte, de las predicciones conductuales por medio del estudio de las actitudes, y su dimensión ahistórica y vacía de cualquier contenido específico del contexto social (Fishbein y Azjen, 1975) han llevado, por un lado, a investigar a fondo cuáles son las

similitudes y diferencias entre actitudes, valores y otras estructuras cognitivas con el fin de delimitarlos adecuadamente y encontrar un modelo integrador de los mismos; por otro, un interés renovado y creciente sobre las investigaciones y estudios sobre valores que han llevado consigo su ulterior operacionalización.

4.1. La interrelación del valor con otras estructuras cognitivas

Actualmente, algunos psicólogos sociales han llegado a la conclusión de que el término valor es un concepto mucho más amplio y dinámico, y, a su vez, conlleva atributos cognitivos, afectivos y motivacionales mucho más fuertes que el de actitud. Pero esto no quiere decir, sin embargo, que el primero sea más importante que el segundo.

Aunque algunos autores han restado importancia a la diferenciación entre distintas estructuras de conocimiento, como es el caso de Harvey y Smith (1977) o Schwartz (1978), dando a los valores un carácter de actitud generalizada, la mayoría de los psicólogos sociales están de acuerdo en afirmar que los valores tienen un carácter más abstracto que cualquier otra estructura cognitiva, es decir, van más allá del objeto o la situación concreta y, por tanto, forman parte del sistema de creencias más arraigadas en la personalidad del sujeto. La difícil modificación de los valores y su carácter trascendente respecto a objetos y situaciones, así como el múltiple repertorio de funciones que se le atribuyen serían, de algún modo, características definitorias de los valores en comparación con otras estructuras cognitivas del individuo.

En ocasiones los mismos psicólogos sociales han incorporado el significado de los valores al marco del estudio de los intereses, utilizando, a veces, ambos tér-

minos de modo indiscriminado. Esto ha ocurrido tanto a nivel teórico como empírico, y, así, un test clásico de «medida de valores» como el de Allport-Vernon-Lindsay ha recibido muchas críticas porque, según algunos autores, puede equipararse a un test de intereses vocacionales. En los intereses, el sujeto procesa la información y toma una decisión de preferencia respecto a un objeto determinado. Actualmente, los psicólogos sociales plantean la necesidad de diferenciar entre valores e intereses, en cuanto que los primeros son marcos preferenciales de actuación que no tienen un referente específico como es el caso de los intereses.

Algo similar ha ocurrido con la problemática implícita en el concepto de norma. En las primeras interpretaciones psicológicas se planteaba la equivalencia entre normas y valores, en cuanto que ambos términos tenían una dimensión prescriptiva de comportamiento. Es en este sentido en el que algunos mantuvieron la tesis de que normas y valores tenían el mismo significado. El intento de diferenciarlos llevó a muchos autores a plantear que los valores son más internos y las normas de carácter más externo, es decir, que obedecen a un consenso social; si bien esto último es cierto, también hay que decir que los valores se consensúan socialmente por los miembros de una comunidad cultural.

Lo cierto es que las normas, ya sean sociales, morales, etc., no son fines en sí mismos, sino que más bien hacen el papel de medios o instrumentos para la consecución de determinadas metas. Teniendo en cuenta esto y en un intento de perfilar una concepción de los valores, pensamos que la diferenciación fundamental entre ambos términos está relacionada con el carácter más o menos institucional de las normas, mientras que los valores, a niveles generales, serían modos interpretativos y de atribución de significado a dichas normas sociales y culturales.

Del mismo modo, Maslow (1964), en su conocida teoría de las necesidades, supuso características similares para los valores y necesidades. Ocurre aquí que en este punto las cosas se complican porque no sólo hay necesidades primarias que se satisfacen a un nivel puramente reactivo, sino que hay otras necesidades de tipo secundario situacional, etc., y éstas son realmente las que se prestan a confusión respecto a los valores. Los valores tienen distintas funciones, entre ellas, la de transformar esas necesidades secundarias a un lenguaje cognitivo que sea socialmente aceptable.

Pero aparte de estas características, los expertos atribuyen a los valores otras, realmente importantes, que a su vez los diferencian de otras estructuras del ser humano. Por ejemplo, actualmente se destaca el carácter *contextual* de los valores, lo cual le da al término una flexibilidad situacional, diferenciándolo así de conceptos que han venido utilizando psicólogos de la personalidad y que significan características personales muy establecidas de la personalidad humana y de difícil modificación por cambios contextuales: las primeras interpretaciones psicológicas de los valores estaban relacionadas con Psicología de la Motivación y Psicología de la Personalidad.

Por otro lado, se ha producido un cambio en la concepción de los valores: *de entenderse como fenómeno subjetivo* (los valores como motivos, intereses, necesidades, preferencias, etc.), actualmente se hace resaltar su dimensión cognitiva: *los valores se entienden como una estructura compleja de conocimiento* que conlleva dimensiones tanto evaluativas como conductuales, pero que ante todo son un sistema de interpretación y de atribución de significado a los hechos, tanto físicos como sociales.

Por consiguiente, es posible destacar ciertas características diferenciales importantes de los valores que los distinguen

de otras estructuras cognitivas y de personalidad del individuo, aunque todas ellas pueden estar funcionalmente interconectadas formando la organización general del conocimiento humano.

En los primeros apartados de esta problemática de los valores se plantearon las distintas dimensiones en la conceptualización del valor, y de un modo u otro se analizó el tema de los valores en tanto en cuanto son deseados y preferidos por el individuo. Son quizá estas dos características, que planteó la Axiología del XIX como inherentes a los valores, las que siguen definiéndolos actualmente. Al margen de que se conceptúen como fenómenos subjetivos de índole motivacional, o como estructuras individuales de conocimiento, lo que es cierto es que se relacionan con dos aspectos de la actuación humana: *su capacidad de trascender lo existente (concepción de lo ideal) y su elección o preferencia por unos modos de actuación frente a otros.*

Un tema relacionado con la organización cognitiva y con los valores, que ha preocupado no sólo a los psicólogos sociales, sino también a los psicólogos de la personalidad, es el cambio y estabilidad tanto del sistema cognitivo como conductual del ser humano. La mayoría de los teóricos en Psicología Social que se han ocupado del problema del cambio cognitivo, e intentado dar explicaciones del mismo, han partido de un supuesto fundamental: la existencia de incongruencias o desequilibrios en el sistema cognitivo. Por tanto, la explicación del cambio ha estado casi siempre en función de una teoría homeostática y motivacional que de un modo u otro resuelva las posibles contradicciones cognitivas y comportamentales del sujeto.

En todas estas teorías, la organización del sistema cognitivo está compuesta por distintos subsistemas, y las diferentes teorías que intentan explicar el sistema cognitivo y su cambio diferirán unas de otras

en función del modelo de organización cognitiva del que parten.

Por ejemplo, para Rokeach (1973), las creencias, actitudes, valores finales y valores instrumentales, etc., forman un sistema de creencias conectadas entre sí. Este sistema de creencias tiene una estructura jerárquica; habrá creencias más centrales que el sujeto considera más importantes que otras periféricas. Las creencias más centrales serán, pues, más resistentes al cambio. Para este autor, las autoconcepciones que tiene el sujeto acerca de su propia moralidad o competencia son las creencias más importantes. El cambio en la organización cognitiva vendrá cuando el sujeto se considere insatisfecho consigo mismo por haberse comportado de modo inmoral o incompetente ante ciertas situaciones. Un modo que tiene el individuo de reducir la tensión que subyace en su sistema cognitivo consiste en reprimir las contradicciones; otro, propuesto por Rokeach, sería cambiar o modificar aquellas cogniciones que son menos importantes para el sujeto, es decir, son menos centrales, por lo que el equilibrio vuelve de nuevo al sistema cognitivo.

4.2. Organización cognitiva y sistema de valores

El tema de la estructuración y organización del conocimiento ha preocupado desde siempre a la Psicología Cognitiva y la Psicología Social Cognitiva (Garzón, 1984). La jerarquización del sistema cognitivo, la delimitación y definición de los diferentes subsistemas, o, lo que es lo mismo, el intentar descubrir cuál es la estructura concéntrica o central-periférica del sistema cognitivo ha llevado a los teóricos de este campo a una amplia preocupación y consiguiente estudio, introduciendo una y otra vez variables de tipo social que en un primer momento no se habían tenido en cuenta.

Como ya hemos dicho anteriormente, la definición de los valores como un elemento estructural del conocimiento humano que el individuo utiliza cotidianamente como marco de referencia en su interacción con los demás no se lleva a cabo de una manera sistemática y coherente hasta bien entrada la década de los sesenta. Autores como Milton Rokeach *et al.* han avanzado significativamente en este terreno.

Rokeach (1973, 1976) ha acentuado el hecho de que los valores sirven para que el sujeto se conozca a sí mismo y a los demás, si bien no hay que olvidar el carácter altamente motivacional de su misma teoría. En este sentido, ha afirmado que los valores son un tipo de creencias que llevan al sujeto a actuar de una manera determinada; son creencias que prescriben el comportamiento humano. Ese mismo carácter de «deber ser» que Rokeach ha asignado a los valores es lo que ha hecho que su definición de valores se confunda con los llamados «principios morales».

De algún modo, la originalidad de la teoría sobre valores de este autor se sitúa en el hecho de atribuir a los valores un cariz autorreflexivo; los valores en tanto que autoconcepciones que un sujeto tiene de sí mismo, de los demás y del mundo social adquieren el carácter de sistema de creencias personal mediatizado por el contexto social que ayudan al sujeto a tener un sentido de identidad, ya no sólo a nivel individual, sino también de su propia comunidad social (Garcés, 1985).

Es a partir de esas concepciones que el sujeto tiene de sí mismo, cuando elige una u otra forma, bien de comportamiento concreto, bien preferencias o modelos ideales de existencia. Por tanto, los valores son utilizados por el sujeto humano como meros instrumentos o medios (valores instrumentales relacionados con conductas ideales) para la realización de ciertos fines o como metas en sí mismas

(valores finales o modos ideales de existencia). Así pues, los valores, ya sean de carácter estético, moral, intelectual, etc., o de cualquier otro tipo, se encuadrarían en dos clases fundamentales de valores: los instrumentales y los terminales; distinción que ya anticiparon algunos filósofos y antropólogos.

Dentro de esta distinción entre valores instrumentales y finales, y en la medida en que unos y otros suponen patrones de conocimiento e interacción con el medio social, Rokeach plantea que los valores instrumentales, en tanto en cuanto son medios que utilizamos para conseguir determinados fines, pueden tener un significado de competencia para el sujeto. Por otra parte, el sujeto intentará conseguir metas que irán encaminadas hacia sí mismo o hacia los demás; es decir, tendrán un carácter intra o interpersonal. Los valores suponen modos de orientarse en el mundo social y tales modos parecen relacionarse con autorientaciones (logros personales) o bien con orientaciones centradas en la dimensión de interacción con otras personas.

Ambos sistemas de valores (instrumentales y finales) conforman un subsistema dentro del sistema general de creencias u organización cognitiva humana. Subsistema que también está jerarquizado en sí mismo, ya que los valores finales serán más importantes que los instrumentales; serían autoconcepciones más significativas para el propio sujeto, por lo que ocuparían posiciones más centrales en el sistema cognitivo y serían más persistentes a través del tiempo. Ambos subsistemas de valores tendrán una interconexión funcional, ya que se supone que comportándonos de una manera determinada alcanzaremos la meta deseada.

En resumen, los valores se organizan formando sistemas (organización jerárquica y preferencial de un conjunto determinado de valores tanto instrumentales como finales) a nivel individual y grupal.

De este modo es posible hablar de un sistema peculiar de valores pertenecientes a una comunidad cultural determinada. Será la propia historia y la cultura de cada comunidad social la encargada de configurar esos sistemas de valores que darán a entender lo que los individuos particulares y los colectivos valoran o infravaloran en un momento histórico dado.

Del mismo modo que la similitud del sistema de creencias de dos personas conduce a una mayor comprensión y a posibles reducciones de discrepancias cognitivas entre ambos, así las comunidades culturales con unos sistemas de valores parecidos, se sentirán más atraídos entre sí, ya que se percibirá una consistencia respecto a las respuestas y los patrones comportamentales de los miembros que las componen ante distintos problemas planteados.

Con todo ello, la teoría de Rokeach parece ser una interpretación de los valores desde una perspectiva psicosocial bastante integradora; no sólo ha realizado una clasificación de valores que simplifica mucho las ofrecidas por la Psicología y otras disciplinas que se han preocupado por problemas axiológicos, sino que tiene presente, aparte de las características de personalidad del sujeto, todos aquellos aspectos que tienen que ver con la cultura de una sociedad y sus instituciones a la hora de interpretar la formación y adquisición de valores por parte del individuo humano; y, además, que las actitudes que mantenemos ante ciertos objetos o en determinadas situaciones, así como nuestra conducta final, estará en función del sistema de valores que tengamos, de la prioridad que les hayamos atribuido a unos u otros.

4.3. Valores e ideología

Dentro del tratamiento de los valores en el contexto de las Ciencias Sociales, y,

sobre todo, desde la Sociología y Psicología Social, el término de ideología ha estado siempre vinculado al sistema de valores preservado por un sistema social. La relación entre valores e ideología ha sido puesta de relieve en determinadas ocasiones; las ideologías están formadas o suponen implícitamente un conjunto de valores por medio de los cuales justifican sus concepciones. No es nuestra intención resumir aquí todos los estudios teóricos o empíricos que se han realizado en esta área. Simplemente trataremos de explicar esta relación por medio de algunas investigaciones que se han llevado a cabo en este contexto.

Uno de los problemas más debatidos en el tema de las ideologías políticas han sido las generalizaciones habidas acerca de la existencia de un continuo único a lo largo del cual pudiese ubicarse las distintas orientaciones ideológicas. No han sido pocos los autores que, con más o menos fuerza, han defendido la existencia del continuo liberalismo-conservadurismo, hasta bien entrada la década de los sesenta. No obstante, las investigaciones que se hicieron a partir de entonces proponen que no es viable ni posible pensar que todo el abanico de ideologías se encuadren a lo largo de un continuo unidimensional. Y no es posible, entre otras cosas, por la inherente dificultad que implica definir dichas ideologías políticas sin ningún sesgo de contenido. Así, autores como McClosky (1958) o Tompkins (1963) describen el término de conservadurismo por medio de conceptos que son típicos para definir la personalidad autoritaria.

A estos inconvenientes algunos autores, como Rokeach (1973), añaden otros al plantear que la mayor dificultad del continuo único liberalismo-conservadurismo, donde ubicar las distintas orientaciones ideológicas, está en la imposibilidad de hacer estudios comparativos sin tener en cuenta el momento y contexto político-social en el que se desarrollan. Las dimen-

siones ideológicas de liberalismo y conservadurismo son términos que implican referencia necesaria al momento histórico y al espacio cultural donde se emplean.

Con este planteamiento, Milton Rokeach incide de nuevo en el problema del método ahistórico y transcultural. Esto va a ser una constante en toda su obra, ya que en su teoría general de valores se centra también sobre este mismo punto al decir que todas las personas, indiferentemente de la cultura a la que pertenecen, poseerán los mismos valores; la diferencia estribará en el grado de importancia que una cultura asigne a algunos de ellos.

De cualquier forma, las principales críticas a su teoría incidirán, sobre todo, en el problema de la transculturación; esto es, la validez y generalización de sus resultados para todas las culturas, y ello en un campo tan escurridizo como el de los valores, donde la problemática de la formación de éstos a través del «sentir y pensar común» a lo largo de la historia genuina de un pueblo es un aspecto difícilmente transferible.

Como alternativa al modelo unidimensional de ideología política, Rokeach (1973) plantea «el modelo bivalórico de ideología política». Es un modelo ortogonal, similar al de Eysenck (1954), donde propone que en la base de cualquier ideología política subyace la valoración diferencial de un conjunto de valores; y son justamente éstos, y no cualquier otra estructura cognitiva, la clave reveladora de la ideología política de un sujeto o grupo. La base de esta afirmación es que, por medio de los valores, el individuo o grupo puede justificar racionalmente sus intereses, ya sean en beneficio propio o ajeno. Los valores, insertos en ideologías, permiten racionalizar los verdaderos intereses y servir de cauce para conseguir poder.

Para Rokeach, cualquier conflicto social tiene sus causas en la existencia de una distribución desigual de poder entre los miembros de una sociedad. Las per-

sonas intentarán mantener el poder si es que lo tienen o conseguirlo si es que carecen del mismo. El mantenimiento del poder por parte de unos o la consecución de poder por otros que carecen de él, se llevará a cabo teniendo un mayor margen de libertad y asegurando el estatus social para los primeros y atenuando las diferencias de clase social y aumentando la libertad por parte de los otros. Esto es, los valores de libertad e igualdad son los que están en la base de cualquier ideología política. En función de la importancia que un sujeto otorgue a ambos valores, se podrá saber dónde se enmarca ideológicamente ese sujeto o grupo particular. El mismo Rokeach hace alusión a algunos autores, como Tocqueville, que ya se habían hecho eco de la importancia de ambos valores (igualdad y libertad).

Analizando los valores que contenían los escritos o discursos de líderes de distintas ideologías, tales como comunismo, fascismo, socialismo y capitalismo, pudo comprobar la importancia diferencial que dichos ideólogos otorgaban a los valores igualdad y libertad, que por lo demás eran los que se mencionaban con mayor frecuencia. Así, Rokeach comprobó cómo la ideología socialista valoraba tanto la libertad como la igualdad, mientras que la ideología fascista valoraba a ambas muy poco. Por otra parte, el comunismo primaría más la igualdad que la libertad, y viceversa por lo que toca a la ideología capitalista.

Este modelo también es válido, según el autor, para analizar el mayor o menor grado de participación política; así, aquellos sujetos con una mayor implicación política, que tienen un acusado activismo político, darán más importancia a uno u otro valor según la ideología que mantengan. Pero no sólo será válido para analizar el activismo político, sino cualquier actividad social donde el sujeto tenga implicación personal.

En resumen, los valores se conceptúan a partir de los años setenta, y, sobre todo,

con las formulaciones realizadas por M. Rokeach, como marcos de conocimiento que están relacionados no sólo con otras estructuras más básicas (creencias, actitudes), o con otras dimensiones de personalidad (intereses, motivaciones, estilos de orientación, etc.), sino también con el sistema ideológico y político que orienta las actitudes interpersonales y sociales de los sujetos. Son, pues, marcos individuales de referencia, tanto para elegir aquellas conductas más adecuadas para los fines últimos o centrales como para las valoraciones preferenciales de estados ideales de existencia tanto personales como sociales.

5. LOS VALORES COMO CONSTRUCCIÓN CULTURAL

Como acabamos de mencionar, desde los años cincuenta se está produciendo una nueva interpretación de los valores desde el marco de la Psicología Social. Esta conceptualización se inició con M. Rokeach, quien logró no sólo la operacionalización de la problemática psicológica subyacente al concepto del valor, sino que además situó el tema de los valores dentro de lo que se podría denominar estructuras de conocimiento al definirlos como *una creencia básica de carácter prescriptivo*.

Se pueden señalar dos características importantes en la teoría de los valores de Rokeach que nos sirven para perfilar la conceptualización actual de los valores en la Psicología: por un lado, el haber situado el concepto de valor en el nivel de representaciones simbólicas, en el terreno de los procesos de elaboración de conocimiento; los valores aparecen como estructuras representativas cognitivas que permiten al sujeto no sólo ordenar, interpretar los fenómenos de la realidad física y social, sino que a la vez guían su modo

de orientarse en ella. En contraposición a las primeras interpretaciones psicológicas que identificaron los valores con fuerzas motivacionales, con una Psicología de la Motivación, Rokeach intenta situarlos en el contexto de representación cognitiva, son elementos estructurales de los sistemas representativos-cognitivos del sujeto humano.

Por otro lado, la segunda característica se deriva de la anterior: al situar los valores dentro del marco del sistema representativo, tienen entonces inevitablemente relación con otros sistemas o estructuras de conocimiento. El aislamiento, respecto a otras dimensiones psicológicas, que los valores han tenido a través de la Axiología y las primeras interpretaciones psicológicas, desaparece con la concepción cognitiva de los valores que Rokeach intenta desarrollar.

En este sentido, se inicia una línea de investigación que intenta relacionar y delimitar las diferentes estructuras de conocimiento: categorización, creencias, actitudes, valores, etc. Autores como Wyer (1984) o Eiser (1980) son un exponente de este intento de sistematizar un modelo teórico de las interrelaciones entre las diferentes estructuras de conocimiento, construyendo un sistema que nosotros denominamos de «pirámide cognitiva», en la que su base son los procesos básicos de representación (categorización) y su cima los procesos más abstractos y complejos (los valores).

Los mecanismos básicos de interpretación de la realidad son los llamados procesos de categorización que fundamentan la formulación de proposiciones sobre el entorno y que se denominan creencias; constelaciones diferenciales de creencias producen ciertas tendencias o estilos de relación con el ambiente social: son las llamadas actitudes. En esta pirámide, y desde una concepción racionalista, y de procesamiento de arriba-abajo, existe una estructura abstracta que controla y fun-

damenta los procesos inferiores: son los valores (Garzón, 1984).

Esta transformación de los valores en estructura cognitiva ha provocado la proliferación de investigaciones centradas en analizar la relación entre los procesos más básicos de construcción del conocimiento (categorías, esquemas, prototipos, etc.) y los procesos complejos de representación cognitiva (creencias, actitudes, valores, etc.). El mismo Tajfel (1978) señala que los determinantes de la categorización cognitiva son los valores sociales y el consenso social. Este intento de encontrar relación entre valores y otras estructuras de conocimiento ha llevado a algunos autores (Eiser, Fraser, Tajfel, etc.) a reinterpretar los llamados sesgos en la elaboración de información por la Psicología Cognitiva Experimental como un fenómeno producido por la función que los valores poseen en cuanto sistemas que orientan los procesos de asignación e incorporación de estímulos sociales a determinadas categorías. Los sesgos en los procesos de categorización no se interpretan como errores formales, lógicos, sino como el resultado de la preservación y mantenimiento de un modo determinado de interpretar y orientarse en la realidad social.

En definitiva, los procesos básicos de organización cognitiva están orientados por las estructuras superiores de dicha pirámide cognitiva. Así, estudios como los de Eiser y Stroebe (1972) ponen de manifiesto la direccionalidad de los valores, tanto a la hora de incorporar un hecho social a una categoría determinada o la no inclusión de un estímulo en otra, así como la preservación de ciertas categorías para mantener intacto un sistema de valores establecidos.

Esta línea de conceptualización iniciada o propiciada fundamentalmente por Ro-keach, y que ha proliferado dentro de orientaciones cercanas a la Psicología Social, viendo, no obstante, los valores como un constructo individual que permite al

sujeto organizar, sistematizar y orientarse en su mundo social: los valores siguen entendiéndose como estructuras de conocimiento individual.

Existen intentos de superar esta concepción individualista de los valores que ha estado presente en los planteamientos tanto axiológicos como psicológicos. El intento de superación se encamina a desarrollar una concepción social de los valores; es decir, los valores serían elementos de representaciones colectivas. Ahora bien, dentro de este enfoque cabe diferenciar dos tendencias o posturas: *una visión blanda* de la concepción social de los valores, que estaría representada por aquellos psicólogos que intentan fundamentar la conducta humana en las condiciones estructurales de los sistemas sociales, y *una versión dura*, que plantea abiertamente el origen colectivo de los valores que tienen manifestación en las conductas individuales. La primera versión está más cercana a una psicología de tradición anglosajona con ciertas contaminaciones de determinadas orientaciones europeas, mientras que la segunda se fundamenta en una concepción psicológica muy diferente: la tradición europea del estudio de las representaciones sociales.

La primera tendencia sigue conceptuando los valores como un producto individual que está modulado por el contexto social y cultural en que se desenvuelve el sujeto. Se puede decir que fundamentalmente se centra en analizar las dimensiones sociales de la conducta orientativa de los sujetos, y sólo en este sentido conceptúa el carácter social de los valores.

En esta línea o versión blanda puede situarse las mismas formulaciones de Tajfel, que, aun partiendo de una tradición europea, señala que la internalización de los valores y representaciones sociales se fundamenta en la interacción entre individuos y grupos sociales: la interacción social aparece, en Tajfel, como un requisito o componente básico en el desarrollo

y mantenimiento de las principales formas de representación y cognición. Como es característico de esta versión blanda, Tajfel mantiene un dualismo entre sociedad y cognición al formular que «el funcionamiento cognitivo de los sujetos tiene su origen en dos fuentes fundamentales: la *información sensorial*, o la evidencia de los sentidos, y la *información social* o información proporcionada por otra persona» (Tajfel, 1978, p. 303). De hecho, en algún momento llega a afirmar que la cognición humana es parcialmente originada por la interacción social.

Un exponente claro de esta concepción blanda de Tajfel son sus reflexiones en torno a *The structure of our views about society*, donde formula las relaciones existentes entre categorización social, consenso y valores sociales, planteando la función de estos últimos en el mantenimiento y preservación de las categorías sociales (Tajfel, 1978).

Los valores se entienden, dentro de esta concepción, como ideologías implícitas de una sociedad o grupo social que determina la forma en que un individuo se orienta en sus relaciones sociales, en el establecimiento de unos proyectos y objetivos, así como en su visión y comprensión del entorno social: los trabajos de Tajfel sobre estereotipos sociales y valores individuales son otro exponente de las características de esta concepción social blanda de los valores: estos últimos son elementos estructurales del contexto social que influyen en la representación cognitiva y preferencial que los sujetos construyen.

La diferencia entre la concepción individualista de los valores y la concepción social estriba en que mientras en la primera la cuestión central es la integración y relación de los valores con otras estructuras de conocimiento, en la segunda, además de tal interrelación, los valores están relacionados con los aspectos de identidad social, comparación y categorización grupal, relaciones y percepción del endogrupo

y el exogrupo, etc.; es decir, con dimensiones que surgen del contexto social en el que el sujeto se mueve. Se abandona el nivel formalista y lógico de los planteamientos cognitivos clásicos para incorporar las dimensiones sociales en que la organización cognitiva tiene lugar: Estas dimensiones se manifiestan a través de los fenómenos de identidad y comparación social (Garzón, 1984).

El texto editado por Howe *et al.* (1980) sobre *Beliefs, attitudes and values* es otro ejemplo de la tendencia en Psicología Social a proporcionar un contenido social a los conceptos psicológicos que intentan explicar la conducta social. Las limitaciones de la interpretación individual de las actitudes han llevado a muchos psicólogos sociales a dudar de la posición central de las actitudes en el campo de la Psicología Social, y han intentado incorporar otros conceptos que cumplan también funciones de regulación conductual: la problemática de los valores ha sido uno de ellos (Sheriff, 1980; Kelman, 1980). Los valores son un elemento, entre otros, que configura la denominada cultura subjetiva (es decir, la forma que un grupo tiene de ver y comprender la realidad física y social) y que incluye estilos de categorización, creencias, actitudes, normas y valores. Así pues, los valores guardan relación con la estructura de la realidad y las formas características de interpretarla (Rokeach, 1980).

Dentro de esta concepción social de los valores cabe interpretar las formulaciones planteadas por Pinillos (1982) en una *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores*. Establece una distinción entre la estructura superficial y la estructura profunda de los sistemas de valores para poner de manifiesto que aun cuando la formulación explícita de tales sistemas pueda tener una uniformidad transcultural, su estructura profunda puede ser diferente en cuanto que la conducta axiológica de las sociedades está determinada

por el contexto social y las condiciones culturales de cada una. De otro modo, que los sistemas de valores varían según el desarrollo social y político de las sociedades.

De hecho, al analizar el sistema de valores de las civilizaciones más desarrolladas, Pinillos plantea la necesidad de diferenciar entre el desarrollo moral (axiológico) y el desarrollo o progreso político-económico en la medida en que este último puede llegar, si es que no lo ha hecho ya, a circunscribir el desarrollo o sistema axiológico en el tecnicismo, la eficacia y el bienestar.

Un fundamento teórico más radical surge de la tradición iniciada en la *Psicología de los Pueblos*, de Wundt, y recogida, en parte, por Durkheim bajo el término de *representaciones sociales*. Esta tradición ha sido potenciada fundamentalmente por psicólogos europeos y en concreto por la tradición francesa de la Psicología Social, bajo el término, más suave, de representaciones sociales.

Con el término de representaciones sociales se hace referencia a sistemas cognitivos impersonales (no son producto de la lógica y el formalismo de los sistemas cognitivos individuales) que configuran un modelo o teoría que describe e interpreta las condiciones sociales y las implicaciones del sistema social, para el entramado de las interacciones sociales en el que un colectivo se desenvuelve. Tales representaciones son preservadas y transmitidas a través de la cultura, ritos sociales, tradiciones, mitos, lenguaje, etc. Son sistemas o procesos simbólicos generados por un colectivo que experimenta y vivencia de un modo *sui generis* las condiciones y contexto social que delimita los modos de interacción social adecuados. Moscovici definía, en 1973, las representaciones sociales como teorías o modelos de conocimiento que incluyen valores, ideas y prácticas que cumplen dos funciones fundamentales:

a) Por un lado, permiten que los individuos y colectivos se orienten en su mundo social proporcionándoles un marco de conocimiento e interpretación del mismo.

b) Por otro, las representaciones sociales posibilitan un lenguaje de comunicación e intercambio en cuanto que proporcionan unas claves comunes para interpretar las condiciones y la estructura social.

En este sentido se puede perfilar una nueva conceptualización de *los valores en la medida en que serían elementos objetivos de ese modelo o teoría, generado y compartido por un colectivo*. Elementos que son manifestación de las formas preferenciales y orientativas de un colectivo dentro del entramado social generado por la estructura y sistema social en el que se desenvuelve. Es decir, los valores serían la dimensión prescriptiva que toda representación cognitiva lleva implícita.

La diferencia entre lo que hemos denominado concepción blanda y dura de los valores como productos colectivos está precisamente en una concepción diferencial del sujeto como realidad social. En la concepción blanda se mantiene un conductismo social en el sentido de que se entiende que el sujeto es una caja negra, una tábula rasa, que reacciona ante la estimulación externa: la estructura y condiciones de un sistema social determinado. Los valores aparecen como una estructura representativa y preferencial individual (es la respuesta o variable dependiente) que incorpora los avatares producidos por las condiciones sociales, económicas y políticas.

Por el contrario, en la concepción dura no se parte de entender los valores como la interiorización individual de un estilo de vida provocado por las condiciones sociales, sino que son sistemas representativos de interpretación y valoración (estímulo o variable independiente) de tales

condiciones sociales (respuesta o variable dependiente), y son tales sistemas los que modulan y controlan tales contextos y condiciones sociales. Es en este sentido en el que puede interpretarse la afirmación de Moscovici (1984) de que las representaciones sociales son una realidad social objetiva que puede modelar la conducta individual.

En cuanto que tales representaciones sociales tienen un carácter convencional, en el sentido de que son marcos referenciales para interpretar los hechos sociales, y en cuanto que tales marcos poseen una dimensión prescriptiva que posibilita una conducta orientativa de los sujetos y colectivos hacia dichos hechos sociales, es evidente su relación con una nueva concepción de los valores. Concepción que compartirá, lógicamente, los dos grandes supuestos o fundamentos de la noción de las representaciones sociales:

a) Como señalan Farr (1984) y Seoane (1985), la tradición europea del estudio de las representaciones sociales supone una superación del lenguaje lógico, formal, vacío de cualquier contenido, que ha dominado la Psicología Cognitiva más tradicional y posibilita la incorporación de un lenguaje social: los procesos representativos sociales tienen su fundamento en el desarrollo histórico, social y cultural de las sociedades.

Las representaciones sociales son cognitivas en el sentido de que implican la construcción e interpretación del mundo social, pero su contenido específico, así como su lógica, es necesario buscarlos en las raíces sociales que han generado tales sistemas representativos: si la organización cognitiva tiene un origen y un contenido social, entonces sus principios y leyes estarán mediatizados por ese contenido específico. En esta misma línea, el sistema de valores implícito en las representaciones sociales no puede tener un carácter universal, sino todo lo contrario: debe

ser el reflejo de los modos idiosincráticos de cada comunidad cultural. En este sentido parecen moverse los intentos de Seoane (1982) cuando, al perfilar las bases de una concepción europea de los valores, critica el pretendido universalismo de la teoría de valores formulada por Ro-keach.

b) En la medida en que las representaciones sociales tienen un origen social, llegan a formar parte de la realidad social (son elementos culturales objetivos) y sirven de catalizadores de la experiencia y la conducta orientativa individual. Los valores aparecen como variables independientes que están a su vez producidas por los propios colectivos y sujetos individuales. En este sentido, se rompe con la clásica polémica de si los valores son una realidad objetiva o una dimensión subjetiva del sujeto que valora. Son productos de la experiencia colectiva y a la vez generan dicha experiencia colectiva: son causa y efecto (Ibáñez, 1985).

En este sentido puede entenderse que los valores forman parte de ese contenido específico de las representaciones sociales, y guardarían relación con el espacio heterotético, señalado por Seoane (1982), que media entre los proyectos y las realizaciones: *los valores son marcos orientativos de comunidades culturales por los que se transforman los proyectos en realizaciones*. En resumen, desde esta concepción dura del carácter social, los sistemas de valores mantenidos y transmitidos colectivamente configuran los proyectos, los modos ideales de desenvolverse en las condiciones específicas de la realidad social generadas en parte por las estructuras sociales, políticas y económicas.

Frente a las concepciones estáticas de los valores, esta nueva conceptualización destaca la dimensión dinámica y de continua transformación de tales proyectos o modelos ideales de relacionarse con las condiciones y el contexto social. La continua transformación de tales ideales es

producto tanto de las variaciones de la estructura social y política como de los cambios en la vivencia que los colectivos tienen de dicho sistema social.

Proyectos y realizaciones están, pues, estrechamente relacionados con la consecución de nuevos órdenes sociales en los que los proyectos ya son realizaciones y éstas introducen nuevas dimensiones en las representaciones colectivas generando así otras concepciones ideales. Los valores, en este sentido, son un proceso dinámico por el que los proyectos van convirtiéndose en realidades que a la vez producen nuevas concepciones ideales de existencia. Ahora bien, y siguiendo las formulaciones de Seoane (1982, 1985), esas nuevas concepciones de ordenamiento social se producen en el contexto de una identidad social y en el marco de las representaciones sociales de las comunidades culturales.

6. COMENTARIOS FINALES

Iniciamos la problemática de la conceptualización de los valores señalando

un conjunto de dimensiones (objetividad, universalismo, emocional, etc.) a partir de las cuales las diferentes orientaciones axiológicas y disciplinas científicas han construido su propio modo de concebir e interpretar la temática de los valores. La conceptualización de los valores se ha desarrollado a partir de dos grandes categorías definitorias: objetividad vs. subjetividad y universalidad vs. relatividad. Estas dos dimensiones se han ido elaborando y matizando con la incorporación de los valores a las ciencias sociales (vid. fig. 1).

Tales dimensiones las hemos entendido como rasgos o características que se han utilizado para interpretar y construir una concepción, un modo de ver y entender la problemática de los valores. Aun cuando tales dimensiones estaban ya planteadas en los mismos inicios de la Axiología, sin embargo, la complejidad de la temática de los valores ha ido creciendo a medida que han ido ganando nitidez algunos matices y diferenciaciones en tales dimensiones iniciales.

Así, para las primeras interpretaciones axiológicas las dos características o dimensiones prototípicas de los valores fueron la de objetividad vs. subjetividad y la

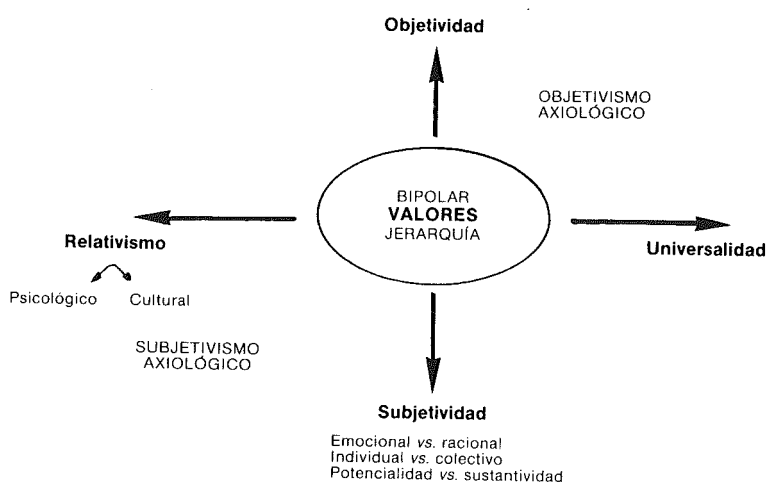


FIG. 1. Dimensiones centrales en la conceptualización de los valores.

de universalismo vs. relativismo; es claro que estas dos grandes dimensiones guardan una covariación entre los distintos polos que las definen: mientras que el objetivismo se relaciona con la universalidad, el subjetivismo se une al relativismo.

Por otro lado, se empezó a matizar entre el carácter de potencialidad o sustantividad de los valores: la distinción entre lo deseable y lo deseado es una tercera dimensión que surge de la polémica entre la Axiología objetiva y la subjetiva. Así, mientras que para la primera es necesario distinguir entre lo deseable y lo deseado, para la segunda en un principio solamente lo deseado constituía una fuente de valor. Con posterioridad, estas matizaciones van decantándose por el polo de la potencialidad: la gran mayoría de las conceptualizaciones actuales de los valores entienden que éstos pertenecen al mundo de *lo que es deseable*, al margen de su existencia concreta en un momento determinado (vid. fig. 1).

Las formulaciones iniciales dentro de la dimensión de universalismo-relativismo se fueron haciendo más complejas, y se empieza a hablar del relativismo psicológico y del relativismo histórico o cultural.

Dentro de la Axiología subjetiva, la característica prototípica del concepto de los valores es su dimensión subjetiva: ahora bien, el desarrollo del subjetivismo y su incorporación a las ciencias sociales llevó a plantearse el tipo de actividad psicológica que caracteriza al subjetivismo. Aparece así una nueva problemática con la denominación de la dimensión de emocional vs. racional. Dentro del desarrollo de las interpretaciones psicológicas de los valores existen orientaciones que conciben como prototípico de los mismos su carácter afectivo-motivacional, mientras que otras entienden que lo prototípico es su dimensión cognitiva o racional. Del mismo modo, algunas teorías sociológicas y antropológicas (Kluckhohn) destacan

el carácter cognitivo de los valores (Serrano, 1984).

Otra dimensión es la de individual vs. colectiva. Se puede decir que de las orientaciones axiológicas (subjetivas y objetivas) las primeras interpretaciones psicológicas y las concepciones cognitivas de los valores han hecho hincapié en el carácter individual de los valores; las interpretaciones sociales (antropológicas, sociológicas y algunas orientaciones de la Psicología Social) entienden que la característica central de los valores es precisamente el ser una construcción cultural.

Podemos decir que las diferenciaciones introducidas en las dos coordenadas o dimensiones centrales con las que la Axiología inició sus primeras interpretaciones de los valores han dado lugar a la aparición de diferentes interpretaciones científicas del concepto de valor, de tal modo que se puede plantear que sus diferencias vienen determinadas no sólo por el conjunto de atributos que según cada una define la temática de los valores, sino también por los atributos que consideran más prototípicos en su concepción de los valores.

Como puede verse en la figura 2, mientras que para la Axiología subjetiva los rasgos prototípicos son el subjetivismo y el relativismo, para la Axiología objetiva lo son el objetivismo y el universalismo. En contraposición, y ya dentro del marco de las ciencias sociales, mientras que para la Psicología Humanista lo característico son el carácter subjetivo y afectivo-emocional, para las orientaciones cognitivistas lo característico de los valores es su dimensión individual y su carácter cognitivo (los valores son marcos de conocimiento). Por último, para algunas orientaciones de la Psicología Social (la de las representaciones sociales) y de la Antropología y la Sociología, lo prototípico de los valores es precisamente su dimensión de ser ante todo conocimiento colectivo.

Al margen del análisis de las dimensio-

INCORPORACION DEL TEMA DE VALORES AL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

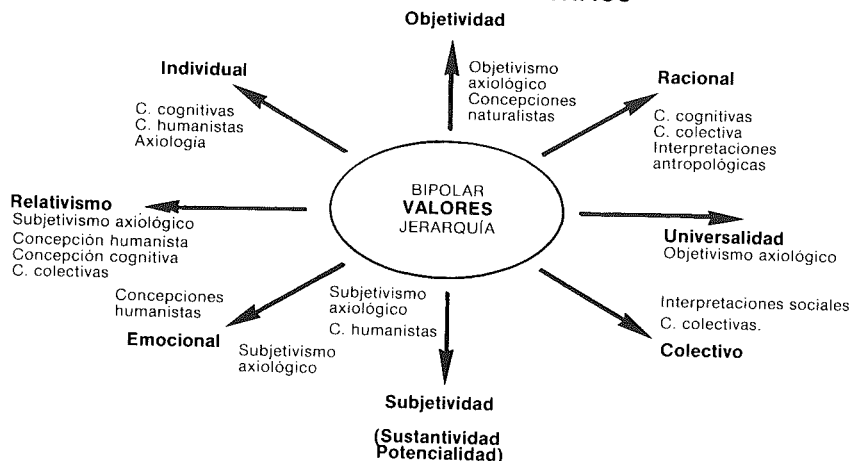


FIG. 2. Dimensiones actuales en la conceptualización del valor.

nes y características definitorias que diferencian las distintas conceptualizaciones que se han desarrollado, es necesario señalar que el estudio de los valores ha tenido una problemática inicial en su incorporación al campo o dominio del conocimiento científico. Dicha problemática no es distinta de la de otras temáticas que se iniciaron, como la de los valores, en el contexto del pensamiento filosófico y que eran difíciles de interpretar, tal como estaban formuladas, dentro de las coordenadas del contexto de la justificación que en las primeras décadas del siglo XX definía y delimitaba lo que podía considerarse como conocimiento científico.

En este sentido, las distintas dimensiones y diferenciaciones que se han ido desarrollando para delimitar la conceptualización de los valores pueden verse como el intento de las ciencias sociales por encontrar un modo de incorporar el tema de los valores al campo de la Ciencia, que fuera coherente con las exigencias de los presupuestos del llamado conocimien-

to científico. La reinterpretación de las ciencias sociales de la problemática de la Teoría de los valores iniciada en la Axiología ha supuesto una nueva conceptualización de los valores al menos en dos sentidos: por un lado, los valores sólo pueden entenderse dentro del contexto de la acción social. En este sentido los *valores aparecen definidos como marcos preferenciales de orientarse en el mundo*. Otro problema diferente es que tales marcos preferenciales, de orientarse, se conceptúen como afectivo-emocionales o como cognitivos, o bien que se entiendan como un producto individual o colectivo. Por otro lado, y en la medida en que los valores son un constructo que explica tanto el comportamiento individual como el colectivo, se relacionan con otras estructuras (psicológicas y sociales) que también están orientando la acción social. En definitiva, *los valores sólo pueden conceptualizarse a partir de su integración en una teoría general de la acción humana*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLPORT, G.: *Personality: A Psychological Interpretation*, N. York, H. Holt and Co., 1937.
- ALLPORT, G., y VERNON, P.: *A study of values*. Boston, Houghton, 1931.
- ALLPORT, G.; VERNON, P., y LINDZEY, G.: *A Study of Values*, Boston, Houghton, 1961.
- AYER, A.: *Language, Truth and Logic*, London, Gollaez, 1950.
- BELLOCH, A. y BAGUENA, M. J.: *Dimensiones cognitivas, actitudinales y sociales de la personalidad*, Valencia, Promolibro, 1985.
- DURKHEIM, E.: «Jugements de valeur et jugements de réalité». *Revue de métaphysique et de morale*, Vol. 19, pp. 438 y ss., 1911.
- EISER, J. R.: *Cognitive Social Psychology*, London, McGraw-Hill, 1980.
- EISER, J. R., y STROEBE, W.: *Categorization and Social Judgement*, London, Academic Press, 1972.
- EYSENCK, H. J.: *The Psychology of Politics*, London, Routledge and Kegan Paul, 1954.
- : «The genetic Basis of Human Values», *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores* (mimeo), 1982.
- EYSENCK, H. J., y WILSON, G. D.: *The Psychological Basis of Ideology*, Baltimore, University Park Press, 1978.
- FARR, R. M., y MOSCOVICI, S.: *Social Representations*, Cambridge University Press, 1984.
- FISHBEIN, M., y AZJEN, I.: *Belief, Attitude, Intention and Behavior*, Reading, Mass., Addison-Wesley, 1975.
- FROMM, E.: «Values, Psychology and Human Existence», en A. H. MASLOW y D. A. SOROKIN (eds.), *New Knowledge in Human Values*, N. York, Harper and Brothers Publ., 1959.
- FRONDIZI, R.: ¿Qué son los Valores?, México, Fondo de Cultura, 1968.
- GARCÉS, J.: «Sistema de valores en la política autonómica: perfil ideológico de discursos políticos», *Tesis Doctoral*, Univ. Valencia, 1985.
- GARZÓN, A.: *Dimensiones del conocimiento social*, Valencia, Promolibro, 1985.
- : «La Psicología Social Cognitiva», *Boletín de Psicología*, 3, pp. 67-88, 1984.
- HARTMAN, R.: *La estructura del Valor. Fundamentos de la Axiología Científica*, México, Fondo de Cultura, 1959.
- HARVEY, J., y SMITH, W.: *Social Psychology: an attributional analysis*, St. Louis, Mosby, 1977.
- HARVEY, O. J., et al.: *Conceptual and Personality Organization*, N. York, Wiley and Sons, 1961.
- IBÁÑEZ, E.: «Los procesos de adaptación cognitiva», en J. MAYOR (ed.), *Actividad humana y procesos cognitivos*, Madrid, Alhambra, 1985.
- JIMÉNEZ BURILLO, F.: «Sobre la perspectiva sociopsicológica de la alienación», *Rev. de Psicología Social*, 0, pp. 13-24, 1985.
- KELMAN, H. C.: «The role of Action in Attitude Change», en J. HOVE et al. (ed.), *Beliefs, Attitudes and Values*, London, University of Nebraska Press, 1980.
- KLUCKHOHN, C.: *Mirror for man*, N. Y., McGraw-Hill, 1949.
- KLUCKHOHN, C., y STRODTBECK, F.: *Variations in Value Orientation*, Row Peterson and Co., Evanston, 1949.
- LEE, D.: «Culture and the Experience of Value», en A. MASLOW, y D. A. SOROKIN (eds.), *New Knowledge in Human Values*, N. York, Harper and Brothers Publ., 1959.
- LURIA, W. A.: «A study of Spranger's value-types by the method of factor analysis», *J. of Social Psychology*, 8, pp. 17-37, 1937.
- MASLOW, A.: «Psychological data and values theory», en A. MASLOW, y D. A. SOROKIN (eds.), *New Knowledge in human Values*, N. York, Harper and Brothers Publ., 1959.
- : *Toward a Psychology of Being*, Princeton, N. J., Van Nostrand, 1962.
- : *Religions, values and Peak experiences*, Columbus, Ohio, Plate Univ. Press., 1964.
- MCCLOSKEY, H.: «Conservation and Personality», *American Political Science Review*, 52, pp. 27-45, 1958.
- MOLES, A.: «Dimensions axiologiques de la "qualité de vie"», *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores* (mimeo), 1982.
- MOSCOVICI, S.: «Foreword», en C. HERLICH (ed.), *Health and Illness: a social psychological analysis*, London, Academic Press, 1973.
- NADJER, Z.: *Values and Evaluations*, Oxford, Clarendon Press, 1975.
- ORESTANO, F.: *Los valores humanos*, Buenos Aires, Orgos, 1947.
- PARSON, T., et al.: *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1951.

- PELECHANO, V.: «Reflexiones en torno a "Valor" y "Refuerzo"», *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores* (mimeo), 1982.
- PERRY, R. B.: *General Theory of Value*, Cambridge, Harvard University Press, 1950.
- PINILLOS, J. L.: «El cambio de los sistemas de valores en las sociedades desarrolladas y en las sociedades en desarrollo». *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores* (mimeo), 1982.
- ROKEACH, M.: *The nature of Human Values*, N. York, Free Press, 1973.
- : *Beliefs, Attitudes and Values: A theory of organization and change*, Washington, Josey-Bass Publ., 1976.
- : *Understanding Human Values: individual and societal*, New York, Free Press, 1979.
- : «Some unresolved issues in theories of beliefs, attitudes and values». En JR., HOWE y M. M. PAGE (eds.), *Beliefs, Attitudes, and Values*, London, University of Nebraska Press, 1980.
- RUSELL, B.: *Religion and Science*, N. York, Henry Holt (1951), 1935.
- SCHELER, M.: «Ética», *Revista de Occidente*, p. 45, 1941.
- SCHWART, S.: «Temporal instability as a moderator of the attitude-behavior relationship», *Jr. of Personality and Social Psychology*, 36, pp. 715-724, 1978.
- SEOANE, J.: «Cambio de Valores en Europa», *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores* (mimeo), 1982.
- : «Conocimiento y Representación Social», en J. MAYOR, (ed.), *Actividad Humana y Procesos Cognitivos*, Madrid, Alhambra, 1985.
- SERRANO, G.: «Problemática psicosocial de los valores humanos», *Boletín de Psicología*, 3, pp. 3-37 (Univ. Valencia), 1984.
- SHERIF, C. W.: «Social Values, Attitudes, and the Involvement of the Self», en J. HOWE et al. (eds.), *Beliefs, Attitudes and Values*, London, Univ. of Nebraska Press, 1980.
- SMITH, M.: *Social Psychology and human values*, Chicago, Aldine, 1969.
- SPERRY, R. W.: «Bridging science and values: a unifying view of main and brain», *American Psychology*, 32, pp. 237-45, 1977.
- : «Changing priorities», *Reunión Internacional sobre Psicología de los Valores* (mimeo), 1982.
- SPRANGER, E.: *Types of Men*, Halle, Niemeyer (1978), 1922.
- TAJFEL, H., y FRASER, C. (eds.): *Introducing Social Psychology*, N. York, Penguin Books, 1978.
- THURSTONE, L. L.: «A multiple factor study of vocational interests», *Personal Journal*, 10, pp. 198-205, 1932.
- TOMPKINS, S.: «Left and right: a basic dimension of ideology and personality», en R. WHITE (ed.): *The Study of lives*, New York, Atherton, 1963.
- WEISKOPF, W. A.: «Existence and Values», en A. H., MASLOW, y P. A. SOROKIN (eds.), *New Knowledge in Human Values*, N. York, Harper and Brothers Publ., 1959.
- WILLIAMS, R. M.: «The concept of Values», *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 16, New York, Macmillan and The Free Press, 1968.
- WYER, R. S., et al. (eds.): *Handbook of Social Cognition*, N. York, Erlbaum (LEA), 1984.